

LAJOS ZILAHY

VIDA SERENA



de

Lectulandia

Vida serena es una novela corta que aborda un tema poco común en la literatura: la invalidez y la vivencia de la mutilación a causa de un accidente o enfermedad, sumados al exagerado dramatismo en el que viven los personajes.

La obra nos cuenta una historia donde el centro es el amor imposible. El joven Andris y la bella Etel se encuentran sumergidos en el mismo dolor del abandono y la falta de manipulación total de sus sentidos.

Se trata de un escrito cargado de sensualidad y misterio, abrazado por el contexto histórico de la guerra y un final inesperado, que no puedes dejar de leer.

Lectulandia

Lajos Zilahy

Vida serena

ePub r1.0

Titivillus 13.12.2017

Título original: *Csöndes élet*
Lajos Zilahy, 1941
Traducción: F. Oliver Brachfeld

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

Estoy solo en mi departamento. Mis periódicos y revistas están esparcidos por el asiento de al lado. Tengo la impresión de que sus páginas, hasta la última línea, echan llamas; en efecto, contienen noticias sensacionales, descripciones que sin duda conmoverán a toda la humanidad. Las tropas alemanas han atravesado la frontera holandesa y están arrollando a las fuerzas belgas.

Estamos en mayo de 1940.

Transcurre algún tiempo antes de que el traqueteo rítmico y cadencioso de las ruedas logre calmarme, dominando aquella angustia que se abate sobre todos los hombres, por fuertes que sean, cuando les sorprenden noticias impresionantes e inesperadas.

Abro la ventanilla para dejar entrar un poco de aire fresco.

La atmósfera del departamento se ha puesto densa y amarga: he fumado demasiado.

Ha cesado la lluvia y el sol del atardecer asoma de vez en cuando por entre las nubes que vagan por el cielo, acariciando la tierra con suaves pinceladas de luz. Las espigas ondean temblorosas al menor soplo de aire. Poco a poco, el departamento se va llenando de una perfumada frescura que llega de los campos y los bosques lejanos; oigo el canto de un pájaro; un pájaro posado en alguno de los árboles que bordean lo alto del terraplén. Pero todo ello se percibe únicamente a intervalos brevísimos, como si el tren quisiera sólo zambullirse en esta dulzura de rumores y de voces.

Mi alma, rodeada por estas armonías y estos perfumes de aire libre, se va alegrando. ¡Qué placer, hallarme solo en el departamento! En momentos semejantes, uno deja de pensar y se limita a permanecer perezosamente sentado, con los párpados entornados, aguardando los recuerdos que poco a poco van cobrando vida.

Acude a mi memoria la imagen de mi padre, caído en la otra guerra mundial. La última visión que guardo de él es la de la estación del barrio de Francisco. Yo tenía siete años. Había ido con mi madre a ver pasar el tren, que atravesaba la estación en dirección a Debrecen, para salir luego hacia el frente de Galitzia. Por aquella época había visto numerosos transportes de tropas parecidos, animados por ramilletes de flores, ramas de arbustos, canciones y charangas. Pero aquel día quedó grabado en mi memoria por dos detalles: recuerdo que llevaba un sombrero tirolés adornado con una imponente pluma de faisán, y recuerdo que llovía y que la pluma quedó hecha una lástima. En cambio, el rostro de mi padre desapareció para siempre detrás de la cortina de la lluvia, sin que mis recuerdos alcancen a evocar nada más que aquellos últimos instantes.

Yo no estoy sujeto a ningún deber militar: me falta un brazo. En cierto sentido puedo considerarme un mutilado de guerra. Perdí el brazo izquierdo dos veces. La primera, a los once años, durante la época de la dominación comunista, mientras pasaba las vacaciones en una finca del departamento de Tisza, propiedad de los

Kovassy, que hasta cierto punto eran parientes nuestros. Los gemelos Kovassy eran de mi misma edad. Estábamos constantemente al aire libre, buscando aventuras. Un día, en el patio de una antigua serrería de vapor, encontré un extraño artefacto de hierro; no sabía que era una bomba de mano. No recuerdo nada más. Cuando recobré el conocimiento estaba en el hospital de Szolnok, y hasta al cabo de varios días no me enteré de que me habían amputado el brazo izquierdo a la altura del codo. La cosa era grave, pero de niño las desgracias no se toman trágicamente; de hecho, acabé por habituarme a esa dolorosa mutilación. Cuando era estudiante sabía jugar perfectamente al billar, y aunque el no poder apoyar el taco más que a un muñón del brazo izquierdo me hacía sufrir, esto quedaba compensado por el increíble desarrollo de mi mano derecha, que alcanzó extraordinaria agilidad. Puedo ejecutar con facilidad y rapidez todos los ademanes necesarios para la vida; por ejemplo, para sacar el dinero de la cartera o un cigarrillo de la petaca, me apoyo en las rodillas. Con el brazo izquierdo logro cogerlo todo, si bien en algunos casos me valgo también de los labios y los dientes. No alcanzo a guiar un coche, pero en cambio monto muy bien a caballo. Y por lo que se refiere al fusil, lo manejo mucho mejor que la mayoría de las personas que disponen de sus dos manos. Estoy más que seguro de que, sin este accidente, mi fuerza física no se hubiera desarrollado tanto. Una vez, siendo estudiante, en una hospedería de mala fama de Miskolc no recuerdo cómo fue que nos liamos a golpes con unos galopines, y tuve ocasión de comprobar que con mi muñón puedo pegar tan fuerte como con una barra de hierro. Por otra parte, este defecto físico no ha llegado a perjudicar mi carácter ni mi espíritu. A decir verdad, no me consideraba en ningún modo desgraciado, e incluso había llegado a perder conciencia de mi manquedad. Ni ante las mujeres me sentía cohibido. Pero hace nueve años, en Debrecen, tuve una novia. La adoraba —¡Dios mío, tenía veintitrés años!—. Y antes de cambiar nuestras sortijas me hizo saber que lo había pensado mejor y que no se sentía con ánimos para casarse con un manco. Fue en aquella ocasión cuando perdí el brazo por segunda vez.

Con todo, hace ya nueve años de eso, y nueve años, en la vida de un hombre de treinta y dos, equivalen a un período muy largo. Ahora me dirijo a ocupar mi nuevo puesto, en calidad de ingeniero forestal, en la propiedad de los condes Uvegghy, en el Csallókóz, en el territorio recientemente rescatado junto con la mayor parte de Hungría septentrional. Apenas tengo noticias de mi nueva colocación; sólo sé que mi futuro jefe, con quien he sostenido la correspondencia oficial, se llama Ferenc Gulda y tiene el título de caballero. Pero ignoro si es viejo o joven, casado o soltero, si vive solo o en familia. Viviré en la finca, que se llama Kotro, pero no sé cómo ni de qué forma. En una palabra, no sé nada. Me dirijo hacia lo desconocido. En el *Diario de los cazadores* he leído que aquel territorio es rico en caza mayor: hay ciervos, gamos, jabalíes, gatos monteses e incluso linceos. Y me basta esto para que el sitio me convenga; la vida de sociedad, en cambio, ya no me interesa. En mi última colocación la caza, incluso la menor, era rara. El *Diario de los cazadores* asegura que

en la región adonde me dirijo, se pueden cazar animales acuáticos.

Mientras el tren me lleva a toda velocidad a través de estos paisajes de bosques y lagos, tengo la impresión de acercarme a una mesa ricamente abastecida después de una temporada de ayuno. Si mi escopeta fuera capaz de ladrar estoy seguro de que saldrían ladridos de la red donde la he dejado, porque allí a la izquierda, por encima de los chopos, en la luz amarillenta del crepúsculo, una bandada de avutardas vuela con perezoso aleteo, lentamente, como galeras que surcasen el aire. Debe de haber unas cuarenta. Me parece que estas tierras, que se acomodan tan bien a mi temperamento de cazador, son excelentes.

Recuerdo a mi perro, Ripp. Nunca en la vida tendré otro mejor. Es un perro húngaro de caza, de pelo corto, y estoy convencido de que en todo el mundo no hay otro igual. Tiene la mirada humana: una mirada tan humana como la suya no la he visto en mi vida. Le he educado con todo esmero, sin olvidar ningún detalle; todavía no tiene cinco años. Pero ¿qué podía hacer con él? Me vi obligado a regalárselo al teniente de gendarmes, puesto que me era imposible llevármelo a Budapest, donde he debido detenerme por más de seis semanas en un modesto hotel. Como no tengo apenas familia, Ripp era el compañero de mi vida. Mi madre murió hace dos años.

Cuando llegamos a la pequeña estación en que ningún pasajero aguarda el tren y donde no baja nadie más que yo, el crepúsculo no se ha extinguido todavía definitivamente. Empiezo a gritar, y al cabo de unos momentos se presenta, diciendo ser el mozo, un pequeño húngaro desastrado que fuma plácidamente su pipa. Al otro lado de la empalizada que rodea la estación, hay una calesa en cuyo pescante está un cochero en traje de fiesta.

—¿Me aguarda usted a mí? —le pregunto.

—¿Es usted el ingeniero Barta?

—Sí.

El cochero es un buen mozo de cabello rubio y, a juzgar por su acento, me parece bohemio. En estas tierras no es raro encontrar incluso eslovacos. Subo a la calesa, y, gracias a la especial benevolencia del pequeño húngaro de la chaqueta destrozada, se cargan también mis maletas. Los caballos echan a andar frescos y alegres como si durante la larga espera el deseo de correr se hubiera apoderado de sus patas y de todos sus músculos. Tal vez me han estado aguardando dos horas. En el campo el tiempo no cuenta, y todo cuanto es arrastrado por caballos guarda para el tren y, en general, para la mecánica, un respeto exagerado. Para ir a recibir a semejantes exponentes del modernismo, se toman todo el tiempo necesario.

Después de haber pasado medio día oyendo el ruido monótono del tren, me parece que la calesa, al correr sobre la árida carretera real, produce un gran estrépito. Por esta razón resulta imposible charlar, como yo hubiera querido, con el cochero checoslovaco y lograr algunos informes. Voy, pues, hacia un destino desconocido, a un ambiente del que no sé nada. Me aburro, y para distraerme de un modo u otro fijo la mirada en la nuca, entre rubia y rojiza, apenas afeitada, de mi cochero. Está

sentado tan tieso en el pescante que no parece sino que se haya tragado un espetón. Es un muchacho joven, de anchos hombros y esbelto talle. El paisaje no ofrece ninguna belleza particular; el sol de mayo va poniéndose lentamente.

Llegamos a un afluente del Danubio profusamente bordeado de sauces. En la casita del barquero no hay nadie, y mi joven cochero da algunos gritos desde la orilla para llamar a éste, que debe hallarse en la orilla opuesta. El cable de hierro empieza a moverse poco a poco y las aguas del lento río empujan suavemente la vieja barca hacia nosotros. El agua es profunda y de color metálico, y ya no refleja apenas la luz del día. Diríase que ha estado absorbiendo durante horas y horas toda la luminosidad del cielo, y que ahora ya no es la atmósfera la que la hace brillar, sino que los reflejos proceden del lecho mismo del río.

La barca tarda algún tiempo en llegar a nuestra orilla. Se desliza en silencio, como si procurase no despertar a las aguas de su sueño dulce como el de un niño. El crepúsculo se ha decidido a desaparecer definitivamente. Ahora tendría tiempo de sobra para entrar en conversación con mi cochero, pero se me han pasado las ganas de hablar.

Me dejo envolver por la oscuridad que va extendiéndose poco a poco, misteriosa como la que rodea mi porvenir. Pero la oscuridad no me da miedo; al contrario, me gusta. Intento descubrir en mi fantasía el rostro y la expresión de mi futuro jefe. Le imagino joven, apenas de cuarenta años, alto y delgado, y, sin que acierte a explicarme el porqué, me lo figuro soltero. Le veo como un hombre alegre y de mentalidad moderna. En suma, mi pensamiento ha ido creando con todo detalle la personalidad de aquel hombre a quien no conozco, y cuando hayamos cruzado el río habremos llegado a ser verdaderos amigos. Estoy contentísimo de que las tierras de Kotro estén al otro lado del río y de que para llegar a ellas sea preciso valerse de un procedimiento tan primitivo. Por lo menos, de este modo es seguro que podré alejarme del mundo y de sus achaques. Siempre he tenido cariño a los sitios desde donde, en un gran espacio a la redonda, no era posible oír el ruido de un tren.

Por fin llega la barca. El coche entra en ella con precaución, y los cascos de los caballos repercuten sobre las tablas como sobre un tonel vacío. El paso de una orilla a otra constituye un pequeño viaje. Mientras cruzamos el agua va fortaleciéndose en mí la sensación de que abandono el mundo. Llegamos a la orilla opuesta y el coche se empina por un estrecho camino en rápida pendiente, que se adentra por un bosque de acacias. La atmósfera se impregna de un intenso olor a miel. Este año el invierno ha sido excepcionalmente riguroso y las acacias han florecido con retraso.

—Dígame, ¿tiene familia el ingeniero?

El cochero se vuelve, pero sólo en parte; no le veo más que de perfil. No me contesta. Es posible que no comprenda bien el húngaro. No le pregunto nada más, porque ya hemos llegado. En medio de la noche, de un raro matiz violeta, veo elevarse hacia el cielo las negras copas de los pinos y vislumbro la luz amarillenta de las ventanas de un caserío. La calesa se detiene ante el peristilo de una antigua

mansión. En el último peldaño se halla mi jefe, el caballero Ferenc Gulda. Viste un traje de tela y se cubre con un sombrero verde con algunas plumas, indudablemente recuerdo de alguna cacería. Es un hombre robusto, alto, entrado en años, y lleva escrito en la frente que es él, que no puede ser otro que mi jefe.

Subo los peldaños.

—Buenas noches. Soy Istvan Barta.

—Buenas noches, señor ingeniero.

No considera oportuno, por lo visto, presentarse a sí mismo.

Por mi parte, este detalle me parece una ligera falta de tacto. Al tratar conocimiento con alguien deben guardarse ciertas formas, y la cortesía es de rigor, aun tratándose de un jefe respecto a su subordinado.

Incluso en su voz y en su modo de estrecharme la mano observo cierto aire de condescendencia. Confieso que no me había imaginado nuestro encuentro en esta forma. En el tren, casi creía que desde el primer momento nos hubiéramos tuteado.

—¿Ha tenido usted buen viaje, señor ingeniero?

—Muy bueno. En el tren había poquísima gente.

—Tanto mejor. Ante todo, le enseñaré la oficina. Por aquí...

Mientras cruza el umbral se vuelve hacia el cochero:

—¡Bolis! Lleva las maletas al pabellón del ingeniero.

—¡Sí, señor!, —se oye decir desde lejos porque el coche ha partido en silencio, internándose, poco a poco, por el jardín sumido en la oscuridad.

Atravesamos el vestíbulo, y por un momento observo la enorme estufa de hierro, pintada de color de plata. Sus tubos negros pasan en forma de semicírculo por las paredes enjalbegadas. Pienso que por estos parajes el invierno debe de ser feroz; aun ahora, en plena primavera, de las losas de piedra se desprende una indecible impresión de frío. El vestíbulo está repleto de armarios voluminosos, de cómodas de estilo Imperio, pequeñas obras maestras de madera de cerezo, pero también me doy cuenta de que abundan los muebles baratos y los objetos ochocentistas típicamente burgueses. Al verlos me parece que todos estos muebles de varias calidades y de distintas categorías no se sienten bien unos junto a otros: no hay manera de que sus estilos, las épocas de su construcción y el gusto que presidió a ella puedan amalgamarse. Pero en el campo se llevan muchas pellizas, abrigos, capotes, botas de distintos tipos, y, naturalmente, hacen falta armarios para guardar todo eso. El centro de la estancia está ocupado por una gran mesa de roble, en la que se alinean en orden perfecto unos veinte sombreros, probablemente todos los que posee el caballero. En su mayoría se trata de sombreros de fieltro, descoloridos por el sol. Hay algunos verdes, otros de color pardo. Las cintas son siempre anchas, y no hay ninguno que no lleve un adorno particular: pluma de faisán, pluma de ganso salvaje, oreja de liebre, garra de algún ave de rapiña montada en plata...

Conozco muy bien este tipo de sombrero: yo mismo tengo cinco de ellos. Por su número deduzco que mi jefe lleva ya unos cuarenta años en su profesión. Sobre la

mesa hay también bastones de todas clases; algunos con puño de plata, otros con un sencillo puño de madera. Diríase que el caballero, cada vez que sale de casa, elige su sombrero y su bastón de acuerdo con el estado de ánimo en que se halla. También conozco esta costumbre. Por último, también veo sobre la mesa unas diez lámparas eléctricas de bolsillo, de forma igual pero de distinto tamaño. Todas consisten en un tubo de aluminio cerrado por una gruesa lente. La mayor tiene casi medio metro de longitud. Vistas todas juntas, parecen una extraña colección de armas. Pero, por otra parte, las lámparas son indispensables para combatir la salvaje oscuridad de estas tierras. No logro descubrir luz eléctrica en toda la casa; incluso el pasillo que recorreremos para dirigirnos a la oficina está iluminado por una lámpara de petróleo que pende del techo. En los percheros, dispuestos en hilera a lo largo del corredor, no se ve ni una prenda femenina. Hasta este momento no he alcanzado a ver por completo el rostro del caballero; ahora mismo, anda delante de mí por el largo pasillo mal iluminado. Tengo la intuición de que para vengarme de su fría acogida, por lo menos entre mí, seguiré llamándole «el caballero». Resuena todavía en mis oídos la única frase que me ha dirigido al verme: «¿Ha tenido usted buen viaje, señor ingeniero?». Mientras pronunciaba estas palabras, su voz tenía un sonido suave, de amabilidad forzada. Conozco esta clase de amabilidad y la odio: siempre se oculta algo en ella, y estoy seguro de que el caballero, como tantas otras personas, trata mal a sus subordinados. ¡Paciencia! Y si los otros se dejan tratar mal, que lo haga en buena hora. Pero, por mi parte, no le aconsejaría que lo intentase conmigo porque estoy dispuesto a contestarle adecuadamente, en cualquier momento, aunque fuera mil veces noble.

—Ya hemos llegado —dice, abriendo la puerta al fondo del corredor—. Ésta será su oficina.

Mientras habla, ilumina el local con uno de los tubos de aluminio, que se ha llevado consigo. La sala no tiene nada de particular; pertenece a un tipo de despachos como he visto muchos. Las paredes están cubiertas de mapas forestales; en uno de los ángulos hay una caja de caudales cubierta de herrumbre; junto a la ventana está el escritorio; a lo largo de la pared hay algunas sillas desballestadas, recubiertas de cuero, una estufa de azulejos, y una máquina de escribir, con su funda de hule llena de grietas.

—Esta otra oficina es la mía —dice, iluminando otra habitación algo más espaciosa, cuyo suelo está cubierto por varias alfombras. La pared está adornada con panoplias, y desde un rincón nos mira un animal disecado. El hecho de que su oficina esté junto a la mía no me procura precisamente un excesivo placer, pues veo que para entrar en aquélla tendrá que atravesar forzosamente ésta.

—Ahora le enseñaré su casa. Todavía tenemos algún tiempo antes de cenar.

Al volverse, la luz de la lámpara eléctrica, después de recorrer rápidamente las paredes de la estancia, parece detenerse con asombro sobre mí durante unos instantes. El caballero se ha dado cuenta de que me falta un brazo.

Breve pausa. Pero hasta este momento de silencio parece colmado de ideas no expresadas. Me parece advertir que por su parte hay cierta desilusión e incluso como una especie de tácita reconvención porque en mis cartas no he hecho alusión a mi defecto. Pero no me pregunta nada. La luz de la lámpara bailotea en grandes círculos blancos ante nuestros ojos. Por la puerta posterior del corredor salimos al jardín. La luna lo ilumina de tal forma, que el caballero apaga su lámpara. Después de haber andado algunos pasos le digo:

—Este detalle no me causa ninguna dificultad. Incluso logro escribir a máquina perfectamente, con una sola mano.

No contesta a esta observación, y sigo sin haber logrado observar su semblante. Llegamos al patio y pasamos por delante de los establos y de las otras distintas dependencias.

Al otro lado hay una especie de segundo patio lleno de leña amontonada. Y a partir de allí empieza el bosque. Junto al lindero del bosque está mi pabellón. Le echo un vistazo, en el preciso momento en que se enciende luz detrás de una de las ventanas. No está muy lejos, apenas a unos doscientos pasos. Durante este breve trayecto el caballero no pronuncia ni una palabra. Este continuo silencio me desagrada y me irrita.

Quisiera romperlo, y preparo alguna frase, alguna pregunta; pero una vez las tengo a punto, renuncio a hablar.

A una distancia de unos quince metros, poco más o menos, se oyen unos pasos rápidos por el sendero cubierto de matorrales. Debe de haber alguien.

—¿Eres tú, Bolis? —pregunta el caballero en voz alta.

—Sí, señor.

Continuamos en silencio nuestro camino hacia el pabellón.

—Este cochero es bohemio, ¿no es verdad? —pregunto.

—Es polaco.

—¿Polaco? —repito asombrado.

—Sí; polaco. Durante el otoño pasado, en octubre, cuando terminó la guerra, fueron muchos los polacos que bajaron a través de los Cárpatos.

Habla lentamente, en voz baja, y tengo la impresión de que mientras tanto sus pensamientos van por otro camino. Diría que todavía no ha logrado salir del estupor en que le ha sumido la falta de mi brazo izquierdo.

Después de algunos minutos de silencio vuelve a tomar la palabra.

—Nos quedamos con ese muchacho por recomendación de la oficina de auxilio a los refugiados.

—¿Y sabe el húngaro?

—Ahora lo habla discretamente. Lleva con nosotros cerca de siete meses.

El caballero vuelve a encender su lámpara, y subimos los peldaños que conducen a la galería del pabellón, recubierta por las hojas recién brotadas de una parra. En el interior de la casa, alguien está haciendo una cama.

—Buenas noches. Aquí tiene al señor ingeniero.

—¡Ah, ya está aquí! Buenas noches —contesta una mujer con voz alegre.

El caballero explica, volviéndose hacia mí:

—Es la Juhasz, la esposa del guardabosque. Ella se cuidará de arreglarle la habitación y de tener su ropa en orden.

Cuando levanta el brazo para señalarme a la mujer que me está mirando, me doy cuenta de que la mano del caballero tiembla. Fijo la vista en ella, y no puedo menos de confirmar mi primera impresión: aquellos dedos están, efectivamente, temblando. En aquel momento puedo ver por primera vez el semblante del caballero. Es el rostro de un hombre que pasa muchas horas al aire libre, sin dársele un ardite el viento, la lluvia, ni el sol. Es un rostro al que le sobra piel; una piel extraña, fina, que debajo de los ojos y alrededor de los labios forma una especie de bolsitas o de pequeños pliegues, como la piel de los perros ingleses. Su nariz es grande, ancha y ligeramente achatada, y debajo de ella lleva unos bigotes poco poblados, pero largos. Es difícil determinar con certeza si son de color rubio claro o si empiezan ya a blanquear. Sus ojos, de color azul celeste, centellean con expresión de inquietud. Su barbilla es pequeña y huidiza, y sus ojos parecen estar constantemente a punto de llorar. Es posible que la misma naturaleza lo haya querido así, pero también podría ser que el caballero haya debido soportar algún dolor muy intenso. Es un rostro distinto de lo que yo imaginaba después de nuestras primeras palabras en la oscuridad; su expresión es más bien benévola y, desde luego, no tiene nada de maligno.

El caballero saca un reloj y dice:

—Ahora son las ocho. A las ocho y media se cena. Durante esta media hora puede usted quitarse el polvo del viaje. ¿Sabrá usted encontrar el camino de la casa?

—¡Ya lo creo!

Inclina la cabeza, me sonrío; yo me inclino también ligeramente y luego me quedo solo, en medio de la estancia, sin más compañía que mis maletas. La Juhasz se ha marchado mientras tanto.

La habitación me gusta. Los muebles son grandes, oscuros y de líneas severas, y las paredes están cubiertas de grabados antiguos. En un ángulo veo una cabeza de carnero disecada y durante algunos instantes observo sus amarillentos ojos de vidrio. El servicio de lavabo es de porcelana verde claro y cada pieza lleva una corona de nueve bolas. El jarro está ligeramente desportillado. Da la impresión de que todo lo que hay en la habitación ha venido después de haber prestado una temporada de servicio en casa del conde; pero aun así, todo está elegido con gusto y no se puede criticar nada.

Sigo pensando en el caballero al par que me desnudo hasta la cintura para lavarme y mudarme la camisa. Y no puedo menos de pensar que en la persona de mi jefe hay a la vez algo de simpático y algo de odioso. En fin, veremos. Me afirmo en la creencia de que es soltero. O tal vez viudo, un viudo que debe de vivir solo.

La ventana que da al bosque está abierta. A través de ella está tendida una fina red

de seda verde para salvaguardarme de los ataques de los mosquitos y de las mariposas nocturnas. El aliento fresco y profundo del bosque llena la habitación. Al volverme a vestir me doy cuenta de que sobre la toalla, que cuelga de un tubo de latón, se ha posado un caballito del diablo. Alguien debe de haberlo traído sobre el traje o el sombrero. Me cuesta algún esfuerzo liberar sus patas sutiles, finas como la seda; los hilos de la toalla lo retienen a la fuerza. El caballito del diablo, por el solo hecho de ser hijo del bosque, ya es amigo mío. «No tengas miedo, no te haré daño. En cuanto salga al aire libre te soltaré para que vuelas hacia el cielo estrellado».

En honor del caballero me pongo la corbata nueva, la parda con motas doradas que compré en Budapest, antes de marchar, en un elegante establecimiento del paseo. Luego, sin soltar el caballito del diablo, me encamino hacia la casa, cuyas ventanas iluminadas diviso desde lejos.

A medida que me voy acercando voy oyendo más distintamente el sonido de un piano. Me detengo para escuchar mejor. ¡Estas notas no salen de una mano masculina! En la casa debe de haber una mujer. Al llegar a la galería, el criado me conduce al ala izquierda del edificio y me abre la puerta del salón de donde procede la música.

Ante el piano está sentada una joven en ligero traje de verano. Mi mirada cae sobre su nuca, y observo con sorpresa que el fino vello que la cubre toma, bajo aquella misteriosa luz, un color de madreperla. El ruido de la puerta la hace volverse. Deja de tocar, cierra el piano con movimientos seguros y serenos y, levantándose, me mira a los ojos. Sobre su traje veraniego lleva una chaquetilla corta con bolsillos a ambos lados. Hunde las manos en los bolsillos y se queda silenciosa, a la expectativa.

En aquel momento aparece por la otra puerta, que estaba ya abierta, el caballero, con el diario en la mano. Con rápido movimiento se quita los lentes y nos presenta recíprocamente.

—El ingeniero Barta. Mi hija Etel.

Me inclino en silencio, mientras la señorita Etel me tiende la mano con una sonrisa cortés pero fría. Su mano es fina; su piel delicada. Estoy extraordinariamente confuso y no acierto a pronunciar una palabra; mi estupor y mi sorpresa al enterarme de la existencia de la señorita Etel en el mundo y de su presencia en esta propiedad tan alejada, son tan grandes, que no me permiten hablar. Cuando vuelve a hundir las manos en los bolsillos de la chaqueta, sus hombros anchos y bien modelados se adelantan ligeramente. En aquel movimiento hay calma, serenidad, y la expresión de un carácter dulce: verdaderamente es maravilloso observar cuántos estados de ánimo puede expresar una mujer mediante los movimientos de su cuerpo. La expresión de su rostro es franca y espontánea. No lleva maquillaje ninguno. Tiene la sana tez de las mujeres que viven en el campo. En los ángulos de sus grandes ojos asoma una sonrisa apenas perceptible. Sus labios delgados están semicerrados. La barbilla es fuerte y ancha, pero bien modelada: es una de esas barbillas que hacen presumir una gran fuerza de voluntad. En general, su semblante no refleja ningún nerviosismo, y su

expresión no recuerda a ninguna otra; con todo, yo diría que he visto y conocido esta cara.

Sus ojos hermosos y puros no cierran el paso a nadie; antes al contrario, absorben la mirada de quien está delante y la atraen hacia sí. Contrastan netamente con los del caballero, que están protestando continuamente y parecen querer impedir que se intente mirar dentro de ellos. Lo que es indudable es que la señorita Etel no se parece en nada, absolutamente, a su padre.

Mientras yo estoy observando a la joven, el caballero dobla cuidadosamente el periódico y lo deja en el portaperiódicos de terciopelo que en su parte anterior lleva bordada la palabra «Periódicos». Luego se vuelve hacia la muchacha.

—¿Quieres avisar a mamá, niña? Me parece que está escribiendo una carta.

La señorita Etel, obediente, pasa a la estancia contigua y me parece que desde allí llama a su madre, en una tercera habitación:

—¡Mamá!

Pero su voz tiene un raro sonido, como el de la voz de un pájaro. Yo diría que ha gritado: «¡Amá!». Claro está que es posible que la llame así, puesto que muchas palabras que se formaron en nosotros durante la infancia se conservan luego durante toda la vida. Por ejemplo, yo sigo todavía llamando tío Itta a mi tío Istvan, porque de aquel modo empecé a llamarle cuando niño.

No hay forma de que los breves instantes que tengo que pasar nuevamente a solas con el caballero se animen un poco; no parece sino que uno y otro hayamos quedado convertidos en un enorme bloque de hielo. Él permanece inmóvil ante la estufa. El único movimiento que se permite es el de cruzar los brazos detrás de la espalda. No logro comprender qué es lo que se propone ocultar con su silencio. Al fin me decido a romperlo: la situación me pesa como una capa de plomo.

—¿Lleva usted muchos años dirigiendo esta explotación, señor ingeniero?

—Hace cuarenta años que vivo aquí. Aquí empecé a ejercer mi carrera.

De modo que la cuenta que yo había echado a base de los sombreros era exacta. La conversación queda nuevamente interrumpida. El caballero no parece dispuesto a coger el cable que le he tendido. Sigue inmóvil ante la estufa, tamborileando con las uñas el esmalte de los azulejos. ¿Qué estará pensando en este momento? ¿Seré acaso yo el tema de sus pensamientos?

En el umbral aparece su esposa. Me dirijo a su encuentro, me presento y le beso la mano.

—Buenas noches —dice con voz cálida. Su mirada es pura y serena como la de su hija. Su tez es rosada, pero sus cabellos son ya blancos. Es esbelta y anda muy erguida; se parece a su hija. No mira mi brazo izquierdo, ni siquiera toma nota de mi desgracia con aquel rápido movimiento de los párpados, ligeramente acentuado por la sorpresa, al que ya estoy tan acostumbrado, por ser la inmediata expresión que observo siempre en las personas que me ven por primera vez. Tampoco la señorita Etel parece haberse dado cuenta de que me falta un brazo; pero también es verdad

que, para disimularlo, tengo el hábito de llevar siempre la manga izquierda metida en el bolsillo de la americana. La esposa del caballero, si bien el corte de su traje es algo anticuado, viste con mucha distinción. El cuello alto de su traje de seda, se abre como los pétalos de una flor, curvándose a ambos lados. Las mangas tienen la misma forma. Con rápido movimiento se acaricia las hermosas manos blancas, y, sin dejar de mirarme, empieza a hablar:

—Supongo que su apetito no protestará si nos sentamos a la mesa...

Pasamos al comedor. Encima de la mesa pende una lámpara de petróleo. La pantalla está adornada por perlitas de cristal, que esparcen por la estancia una suave luz. Mis huéspedes apoyan sus manos cruzadas sobre el respaldo de la silla; yo apoyo mi mano derecha, e inclinando la cabeza murmuramos la plegaria. Este acto me es familiar, ya que durante muchos años he vivido en las tierras de un obispo.

Preside la mesa la esposa del caballero, y frente a ella se sienta éste. Yo estoy a la derecha de la señora de la casa, a su izquierda está la señorita Etel. La mesa está puesta con mucha sencillez, pero en el centro, en un fino plato de cristal de Venecia, hay un ramillete de flores silvestres que da la impresión de haber sido arreglado por unas manos delicadas y afectuosas. Las flores parecen mirarme como sólo saben mirar los amigos; en efecto, las flores silvestres son lo único familiar que encuentro en este ambiente forastero, y su vista me complace extraordinariamente.

Los cuatro alargamos casi simultáneamente la mano a nuestras servilletas, y las sacamos de sus aros, sobre los que hay una inicial grabada. En el mío hay una zeta mayúscula.

—Se llama usted Zoltan, ¿no es verdad? —me pregunta la señora de la casa con una amable mirada.

—No, señora; me llamo Istvan.

—¿Istvan? —exclama sorprendida—. ¿Por qué me figuraría yo que se llamaba usted Zoltan? —Y volviéndose hacia el criado, que viste el traje tradicional de los monteros, añade—: Jozsi, hazme el favor de dar al señor ingeniero un aro con una I.

—No se preocupe usted, señora; si es necesario llamaremos Zoltan a mi servilleta —digo yo intentando ser chistoso, y dirijo una rápida mirada a la señorita Etel, que por fin sonrío con sus hermosas y finas cejas. La expresión de mi jefe, en cambio, da a entender que en aquel momento sus pensamientos andan muy lejos. Sigue levantando y bajando sus dedos rosados y bien moldeados, que se apoyan sobre el mantel como si con este movimiento pretendiera dar a sus íntimos pensamientos un silencioso e imperceptible acompañamiento de piano.

El criado me entrega un aro con mi inicial, y empezamos en seguida a cenar. Pollos a la cazadora con pimientos verdes, cocidos con él. Yo soy el último a quien se ofrece la bandeja: primero se ha servido la señora, luego su esposo, en tercer lugar la hija, y finalmente yo. No digo nada porque éste es el orden natural y es justo que así se haga. Realmente, para una persona con una sola mano, el pollo a la cazadora, como todos los manjares que tienen muchos huesos, no es precisamente un plato fácil

de comer. Si se puede coger los huesos con la mano y roerlos, bien; pero cuando se trata de un guiso complicado y, sobre todo, cuando se come en una casa por primera vez, no puede emplearse semejante sistema. Me esfuerzo en habérmelas, sin llamar excesivamente la atención, con un muslo, que logro manejar por lo menos con suficiente habilidad para que no salte de mi plato a los ojos de mis vecinos.

La señorita Etel se da cuenta de mis dificultades, y dirigiéndome una amable mirada que casi equivale a una silenciosa petición de autorización, toma mi plato, se lo pone delante, y, con mano experta, corta la carne en un momento. El caballero se entrega al placer de la comida y finge no darse cuenta de nada. La señora de la casa, para quitar importancia a lo sucedido, se vuelve hacia mí y empieza a hablar de su gallinero. Me hace saber que este año ha intentado criar pavos negros, porque los blancos que crió el año pasado, de raza francesa, se resfriaron y quedaron enfermizos. Para hacerles engordar, posee una maravillosa receta heredada de una de sus abuelas: en la calderada especial que prepara para ellos echa un poco de anís, determinadas hierbas perfumadas y unos dientes de ajo.

Mientras su madre me informa de la vida y milagros de los pavos, Etel me ha devuelto discretamente mi plato, con el muslo de pollo ya cortado. Le doy las gracias con una mirada y bajo la cabeza, pero en seguida me vuelvo hacia su madre para seguir escuchando con la debida cortesía su conferencia sobre la cría de las aves de corral.

—Hubo una época —interviene el caballero— en que en Hungría se llamaba a los pavos gallos de la India.

—¿Gallos de la India? —dice su esposa ladeando ligeramente su hermosa cabeza blanca, con aire entre estupefacto e incrédulo. Etel acompaña la conversación de sus padres con discretas sonrisas, que se disimulan en las comisuras de sus labios y de sus ojos.

—Sí, querida —contesta el caballero después de haber engullido un pedazo de pollo, porque el pavo procede del estado americano de Indiana. Cristóbal Colón ya encontró pavos domesticados en las tribus de aquel país.

No sé por qué, pero me hace el efecto de que esta conversación se ha sostenido ya otras veces: uno y otra parecen tener en ella cierta práctica. Debe de ser un número de familia, como los que ejecutan los artistas del trapecio. La esposa, amablemente, profiere exclamaciones de sorpresa y hace preguntas a su marido con la única finalidad de brindarle una ocasión de lucir sus extraordinarios conocimientos acerca de las gallináceas.

En cuanto a él, echa la cabeza hacia atrás, enarca un poco las cejas y hace vibrar ligeramente los párpados... Me da la impresión de que el papel que quiere desempeñar es el de la persona que se sorprende a sí misma de la extensión de sus conocimientos.

Se seca la boca con los dedos temblorosos, y la salsa, en la que la «paprika» no se ha regateado, deja en la servilleta una marca como si una mujer maquillada se hubiera

limpiado los labios en ella.

Yo, mientras tanto, me fijo en Etel; la observo a hurtadillas, con una mirada que parece prestar atención a la conversación. A pesar de que me he propuesto mantener secreto su verdadero sentido, Etel lo ha comprendido perfectamente. Sus ojos, de un azul oscuro, casi violeta, se posan sobre mí por un momento, al mismo tiempo que se dibuja en su semblante una sonrisa apenas esbozada. Pero inmediatamente se vuelve hacia su padre para escuchar, con las cejas en alto y la barbilla hacia delante, sus algo prolijas explicaciones. En realidad, lo que está diciendo el caballero no es aburrido, pero su hija, al tomar esa actitud de estudiante que quiere fingir atención, se está burlando de él. En cambio, yo sigo observando su rostro: las vibraciones sutilísimas de su extraña expresión parecen rápidos contrastes sucesivos de luces y sombras.

A todo esto, el caballero ha llegado ya a los pavos salvajes, y hace observar que a pesar de todos los esfuerzos que se han hecho en este sentido, no ha sido posible llegar a organizar la cría de estas grandes aves de plumaje con reflejos metálicos, con lo cual se hubiera aumentado grandemente el número de variedades de aves de caza.

En el momento en que se cambian los platos y la conversación se interrumpe, me decido a hablar directamente a Etel.

—¿Usted también caza, señorita? —le pregunto.

En este momento su rostro revela una expresión vaga de espanto, un sentido de estupor, como si no llegara a comprender que yo le haya dirigido la palabra. De momento, no contesta, o por mejor decirlo, no contesta en absoluto. Se contenta con inclinar tres veces la cabeza y mirar luego a su madre. Me doy cuenta de que con la mano derecha, que reposa junco a su plato, le hace una seña secreta. Sus dedos se han movido rápidamente. La madre recibe el extraño mensaje con un leve movimiento de cabeza, apenas esbozado, pero como debe de haber visto que yo he observado la seña, se vuelve con aire sereno hacia el criado.

—Los cuchillos de postre, por favor...

A pesar de esta interrupción, sigue flotando sobre nosotros aquel raro silencio. Me siento molesto. ¿Acaso mi pregunta era indiscreta?

Durante algunos minutos sólo se oye el ruido de los cubiertos contra los platos.

Apenas hemos terminado el postre, un plato de dulce a base de miel, suena el teléfono en la estancia de al lado. La forma en que se repite la llamada indica que debe tratarse de una comunicación interurbana.

—¡Seguramente será Irma! —exclama la señora de la casa, poniéndose en pie.

También el caballero se levanta, y, arrojando sobre la mesa su servilleta manchada de salsa, sigue a su mujer hacia el aparato. En las casas de campo a la antigua el teléfono se considera como un milagro de la técnica.

Me quedo solo con la señorita Etel. Tengo la impresión de que debo decir algo, pero no se me ocurre nada. Además, la seña secreta de hace un momento me ha acabado de desconcertar. Me ha desagradado porque me he dado perfectamente cuenta de que se refería a mí. En general, tengo la impresión de que, desde que he

llegado, toda la casa ha quedado rodeada por una atmósfera de misterio. De la estancia contigua llegan las fuertes voces características de las personas que viven en el campo cuando hablan por teléfono. En vista de que el silencio entre nosotros empieza a hacerse embarazoso, me decido a hablar:

—¿Vive usted siempre en la finca, señorita?

Apenas he acabado de formular mi pregunta, su mirada vuelve a dirigirse hacia mí con aire de estupefacción y sorpresa; parece extrañada de que le haya preguntado algo. Quizá no comprende el húngaro. Pero luego sucede algo verdaderamente sorprendente: con mano rápida saca del bolsillo de su chaqueta un bloc y un lápiz, escribe unas palabras sobre una hoja y, sin parar mientes en si sus padres siguen o no en la otra habitación, arranca el papel y me lo pone ante los ojos. No tengo tiempo de leerlo: el caballero vuelve.

Apenas puedo ocultarlo bajo mi mano y luego metérmelo disimuladamente en el bolsillo. Mi acción va acompañada de una sonrisa de complicidad de la joven.

Es evidente que me ha comunicado un secreto que durante toda la cena ha estado pesando sobre todos nosotros. Sólo aguardo a que sirvan el café para poderme levantar de la mesa y despedirme. Etel, entonces, me estrecha la mano y me dirige una mirada como si nos uniera algún lazo inexplicable.

En cuanto llego al jardín saco el papel y dirijo hacia él el rayo de luz de mi lámpara de bolsillo. La hermosa caligrafía femenina parece que hable a grandes gritos: «¿No le ha dicho mi padre que soy muda?».

Estas pocas palabras, de tan profundo sentido trágico, me impresionan tanto que vuelvo a guardarme el papel en el bolsillo y apago la lámpara.

Me dirijo a paso lento hacia mi casa. Sé que hay tres clases de mudos. Mudos temporales, que han perdido la palabra a consecuencia de algún violento choque nervioso (esta forma es curable). Luego están los sordomudos, y finalmente los que no son sordos, sino sencillamente mudos. Los de esa última categoría tienen una especie de voz como de pavo real, pero su enfermedad no tiene cura. A ella pertenece Etel. Ahora me explico también la razón de que para llamar a su madre haya dicho «amá». Y ahora comprendo también la seña secreta que le ha hecho.

¡Pobre criatura!

CAPÍTULO SEGUNDO

A la mañana siguiente, al despertar, faltó poco para que tuviera un susto; la cabeza disecada del carnero estaba de cara a mí, y sus amarillos ojos de vidrio me miraban como si fueran los del propio Belcebú. Mi mirada recorrió la estancia con inquietud; no alcanzaba a comprender dónde me encontraba. Hubieron de pasar algunos minutos antes de que el sueño se desvaneciera por completo de mi cerebro. En mi estado de somnolencia, creía hallarme todavía en mi colocación anterior, en Kelesd. Estaba tan convencido de ello que alargué la mano en busca de la cabeza de *Ripp*, a los pies de mi cama; quería rascársela junto al oído, como a él le gustaba tanto. El perro dormía siempre sobre la alfombra, y aquella caricia era mi primer movimiento de todas las mañanas, aun antes de estar completamente despierto. Por lo visto, aquella noche había dormido tan profundamente que había llegado a olvidar por completo que tenía una nueva colocación.

Hay acontecimientos que el alma recoge en el curso de la jornada del mismo modo que las viejecitas apergaminadas y morenas recogen fajinas por el bosque. Bajo el peso de la leña, sus flacas espaldas se encorvan doloridas, pero por la noche dejan su haz, del mismo modo que yo había dejado resbalar de mis pensamientos el viaje del día anterior, la llegada y la entrada en relación con la familia del caballero. Ahora todos estos recuerdos desfilan uno por uno ante mis ojos: veo a Bolis, el joven cochero polaco, con su nuca entre rubia y rojiza; al caballero tal como le vi por primera vez bajo las columnas de la galería, a la débil luz del crepúsculo; a la señorita Etel en el momento en que se levantó del piano, y a la señora de la casa, con su voz tan agradable. En cambio, no me he acordado de la vieja Juhasz hasta el momento en que he oído el tintineo de las tazas del desayuno y el pesado andar de los zuecos por la sala común de la casa.

Doy una ojeada al reloj: falta poco para las cinco.

A través de los visillos hechos a mano, el alba de mayo, con sus matices maravillosos, penetra en mi habitación. Oigo el canto de los pájaros junto a mi ventana, y, más lejos, el grito del cuclillo. En esta luz suave y fresca, la familia de mi jefe se difuma en sombras nebulosas, hasta el extremo de que llego a pensar que no existe y que todos aquellos extraños personajes no son más que un sueño.

Salto de la cama y empiezo a vestirme. Naturalmente, mientras me lavo sigo con mi obsesión, y por fin creo tener la impresión de que comprendo a mi jefe. Sin duda la suerte de su hija única constituye el centro de gravedad de toda su vida íntima.

¡Quién sabe cuántas noches de insomnio habrá pasado antes de que Etel llegase a su edad actual! Tal vez el temblor de sus dedos se debe a esta desgracia, lo mismo que el nerviosismo que inútilmente trata de disimular y que asoma por todos sus poros. Debe de ser hombre de tierno corazón, un corazón henchido de lágrimas paternas. Su mujer, en cambio, está esculpida en una madera mucho más dura; en toda su persona se advierte un sentido de serenidad y de calma religiosa. ¡Quién sabe

qué idea debe tener de su desgracia la señorita Etel! He aquí algo que difícilmente logro imaginar. Recordándola, tengo que reconocer que durante toda la cena su rostro luminoso y puro, su nariz bien modelada, sus expresivos labios, y sus dientes pequeños pero blancos estuvieron iluminados continuamente, sin interrupción, por una dulce sonrisa apenas esbozada. Es difícil encontrar rostros femeninos de este género, pero los hay, y parecen campos cubiertos de flores. ¿En qué estado de ánimo puede vivir una muchacha como aquélla? ¿Qué puede esperar de la vida, del amor? He aquí los pensamientos que me embargaban mientras me preparaba a afeitarme.

Desayuné en el vestíbulo, y la Juhasz, a respetuosa distancia, observó con admiración la habilidad con que rompía la cascara del huevo con la punta del cuchillo. Contemplaba y admiraba mis movimientos como si yo estuviera representando gratuitamente para ella un número de variedades. Cada vez que mi mirada encontraba la suya se volvía inmediatamente; pero en el momento de dejar la miel sobre la mesa se decidió a dirigirme la palabra:

—Perdone usted, señor ingeniero; su brazo... ¿lo perdió usted en la guerra?

—¿Quiere usted decir la guerra del catorce?

—¡Pues claro! —contesta, con una ligera mueca de indiscutible sorpresa en su rostro surcado por miles de arrugas. La miro de abajo arriba.

¿Tan viejo me cree usted —le digo— para suponer que estuve en la guerra hace veinticinco años?

—¡Toma! Pues tiene usted razón —y prorrumpe en una carcajada que pone al descubierto sus encías desdentadas—. ¡Cómo vuela el tiempo! Parece que fue ayer que terminó la guerra.

—Y usted, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

—¡Oh! Ni siquiera me acuerdo. Pero seguramente hace más de treinta y cinco años.

Breve pausa. Innecesariamente, empuja un plato de un punto a otro de la mesa. Adivino que todavía tendría muchas más cosas que decirme. Bastaría que yo abriera la espita, como se hace con los barriles, para que diera suelta a todo lo que lleva dentro. Pero no digo ni una palabra; sigo desayunando. La familia de mi jefe, en aquel momento, no me interesa en absoluto. Lo que me preocupa es el programa de trabajo para el día: visitaré toda la finca, con el mapa en la mano.

Un hombre en traje de cazador, con la escopeta colgada al hombro, franquea la puerta del vestíbulo. Se presenta a sí mismo, cuadrándose en un saludo militar: el guardabosque Szenbenyei.

—¿Y Juhasz, dónde está?

—Nos aguarda en el bosque de Komad.

Salimos. Llevamos provisiones para el almuerzo. El paseo que proyectamos será de unos treinta kilómetros por lo menos. No hay que pensar en recorrer ni un trecho en carruaje: la inundación de la primavera borró todos los caminos y actualmente no es posible encontrar mano de obra para repararlos a causa de la movilización parcial.

Al atravesar un claro, nuestras botas quedan empapadas de rocío. Respiro el aire puro, saturado de perfumes silvestres. El sol se levanta rápidamente y empiezo a sentir sobre la nuca los primeros efectos benéficos de sus rayos. Echo un vistazo a los montones de leña. Sobre las cortezas de amargo olor, los insectos rojizos se han posado a tomar un poco el sol. Todo está dispuesto con la mayor precisión; la leña está concienzudamente clasificada por calidades y especies.

Seguimos por un trecho de bosque talado, donde en muchos puntos los matorrales nos llegan hasta la cintura. Conozco todas estas plantas; todas son amigas mías. El paisaje es muy rico: el bosque, los prados y los matorrales alternan. A esa hora, tan temprana, todo resplandece con luces maravillosas. El follaje ignora la ferocidad del invierno y la frialdad de las aguas de la inundación. Pero por la parte baja, la tierra, donde se ensortijan las raíces, está quemada por las heladas, hasta el punto de que apenas despuntan los nuevos brotes. Me parece que por este año habrá que renunciar a los sauces.

—Aquí sembramos enebros —dice el guardabosque detrás de mí—. Afortunadamente, como ha llovido mucho, arraigaron bien. Había el peligro de que este invierno tan frío lo helase todo.

—Y entre los animales del bosque, ¿causaron mucho daño los fríos?

—Vale más no hablar. Los ciervos y los jabalíes lo han soportado; pero en cuanto a los corzos, yo solo encontré seis helados. Se han debilitado mucho, y cambian el pelo muy lentamente. La mayor parte de las hembras han desaparecido y los machos que quedan no valen nada. En cuanto a las liebres, en el bosque todavía quedan, pero en el campo casi no hay ninguna. En cambio estamos bastante bien de faisanes; cuando segamos la hierba contamos los nidos, pero por causa de la lluvia la mayoría de ellos están vacíos. Se encuentran huevos incluso por la carretera. ¡Y las perdices! Las perdices han recibido un golpe tremendo. ¡Con sólo decirle, señor ingeniero, que desde la primavera pasada no he visto más que una bandada de ellas!

Seguimos hablando, sin dejar de andar. Atravesamos un bosque que huele a setas. A nuestro paso vamos probando la flexibilidad de los arbustos frescos, tiernos y verdeantes. Observo los árboles jóvenes: por doquier la helada ha causado estragos. La corteza superior se cae, y la que queda debajo se tiñe de color pardo. Estos signos indican también los efectos del frío.

—El año que viene, todo el bosque estará desnudo —asegura Szenbenyei, mirando atentamente a su alrededor.

—¿Hay muchas arañas?

—Más que arañas, lo que abunda son las orugas. Hay una cantidad enorme. Fíjese aquí, señor ingeniero; aquí hay un nido. Los hay a centenares.

Las orugas reposan en nidos como sombreros, sobre la corteza de los árboles. Su cuerpo está rodeado por una especie de tejido en el que han depositado los huevos. Estas orugas no salen más que a la hora del crepúsculo; entonces marchan en fila india, como una cinta interminable de color verde, que va y viene como una

lanzadera. Andan a millares, y atacan el follaje verde. A primeras horas de la mañana la cinta se recoge de nuevo y las orugas regresan al nido, donde tejen una nueva cubierta. El guardabosque abre su zurrón y saca una botella llena de una especie de aceite de alquitrán muy maloliente. Bautiza el nido de orugas con aquel líquido, y ya podemos estar seguros de que ninguno de aquellos animalejos volverá a cenar jamás.

Seguimos nuestro camino. Para nosotros el bosque es una cosa distinta de lo que es para los cazadores o para los excursionistas. Nosotros somos los médicos del bosque, y lo que nos interesa por encima de todo son las enfermedades que afligen a los árboles.

Llegamos a la orilla del Danubio, y seguimos por el sendero que se oculta bajo los sauces jóvenes. De vez en cuando nos detenemos, y yo echo una ojeada al plano, para recordar el lugar. Szenbenyei continúa sus explicaciones y yo sigo haciéndole preguntas. El mundo exterior ha quedado muy lejos, detrás de nosotros, y no creo que nos volviéramos a acordar de él, si de pronto el zumbido creciente de un avión no llenara los ámbitos del cielo. Cada vez que oigo pasar un avión por encima de mi cabeza me parece que el mundo entero se ha sentado en el sillón de un dentista para hacerse horadar un diente. Pero al cabo de poco el estrépito se desvanece y el paisaje recobra su primitiva calma.

Hacia el mediodía, cerca del bosque de Komad, encontramos a Juhasz. Es un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, cuyo rostro tiene el vivo color propio de la gente sana. Conozco perfectamente su raza. Logro reconocer a un guardabosque en cualquier momento y en cualquier lugar, incluso en medio del confuso tumulto de un local lleno de gente, en pleno Budapest. Nos sentamos a almorzar. La llama de la hoguera se eleva hacia el cielo, pero se vuelve incolora y transparente a la luz del sol. Mientras vamos dando vueltas al asador en que se asa un pedazo de tocino, hablamos de perros. Yo quisiera un cachorro para poderlo educar a mi gusto.

Juhasz, con su cuchillo, indica un punto del bosque.

—¿Te acuerdas, Jozsi? —dice a su compañero—. Allí fue donde le pillamos.

—¿A quién? —pregunto yo.

—A Bolis, el polaco.

—¿Y por qué tuvisteis que cogerlo?

—Porque se había escapado. ¡Y pensar que aquí está llevando una vida de gran señor!

—¿Por qué se escapó, pues?

—Porque echaba de menos a su país. Así lo dijo. El muy tonto, se iba hacia el Norte, porque creía que Polonia estaba por aquel lado.

—Si quiere marcharse, no veo la razón de que no le dejen —intervino Szenbenyei al par que atizaba el fuego con sus dedos habituados al calor de las brasas.

—¿Es hombre del campo, ese Bolis?

—Parece que sí. Pero también ha estudiado. Estudió jardinería en Vilna. Dijo Vilna, ¿no es verdad?

—Sí; Vilna —aprueba Juhasz.

Por un momento, nuestros pensamientos se detienen en Bolis; luego cambiamos de conversación. Szenbenyei toma la palabra.

—Señor ingeniero, ¿no le gustaría tener un tejón?

—¿Un tejón?

El mes pasado cogí dos. Pequeños. Tenían la barriga blanca como si salieran de la colada. Ahora vienen a comer en la palma de mi mano.

—El tejón huele mal —asegura Juhasz en tono categórico—. Nunca he querido criar ninguno.

—No es cierto que huelan mal —replica Szenbenyei con tono ofendido—. En todo caso, su olor no es más fuerte que el de un perro. Además, se puede amaestrar como se quiere.

De este modo seguimos hablando de tejones, de zorras, de gatos monteses. Luego volvemos a emprender la marcha.

A nuestro regreso, el crepúsculo empieza. Apenas me queda tiempo para mudarme de ropa para la cena. Al atravesar el patio para dirigirme a la casa del caballero, oigo las notas de una armónica y los gritos característicos de los campesinos cuando se divierten. En el aire fresco de la tarde se agitan las abigarradas faldas de las jóvenes; éstas ríen, se dan empujones y rodean a Bolis, que ejecuta una danza polaca, con las manos en las caderas a la moda de su país. Para acompañarse mejor canta una canción de la que sólo entiendo unas palabras.

—*Oj dana, da dana!*

La canción, de ritmo rápido, va precipitándose cada vez más, y alrededor de Bolis se levantan nubes de polvo. Me acerco a él y le observo con detención. Los rubios cabellos le caen sobre la frente, sus ojos brillan y sonrío a las muchachas que le rodean admiradas. De su camisa entreabierta sale su cuello, poderoso como el de un toro. De pronto, sin que se sepa el porqué, echa a correr en pos de una moza que lleva una manteleta con motas azules. La persecución continúa en torno al pozo. Bolis logra alcanzarla, la coge, pero ella se le escapa de las manos. El polaco vuelve a perseguirla, igual que un polluelo, en el gallinero, corre detrás de las gallinas. Todo son risas, gritos y alegría. No cabe duda de que Bolis es un buen mozo. Su talle no puede ser más esbelto.

Yo diría que está completamente curado de su nostalgia; estoy seguro de que no volverá a tener deseos de huir de aquí.

Dentro de la casa suena el piano. Pero esta noche la música me parece decir más cosas que ayer, cuando ignoraba todavía que Etel era muda. Ahora creo percibir en la música más alma, mayor intensidad de sentimiento. Cuando entro, Etel no deja de tocar; se limita a sonreírme inclinando la cabeza.

Hay otra visita: el párroco. Nos presentamos.

—Florián Varga —dice él.

Y su voz es tan poderosa que estas dos palabras me parecen dos puñadas en el

pecho. El párroco es un hombre corpulento, de espalda ligeramente encorvada. Sus cabellos, completamente canos y separados por una raya en medio, le caen abundantemente sobre la frente e incluso sobre los cristales de los lentes. Me fijo especialmente en su boca, que me parece bastante rara. Cuando la cierra, se diría que ni siquiera tiene labios. Tiene aspecto de hombre regañón, pero a pesar de ello conserva algo de estudiantil. Tal vez esta impresión resulta del descubrimiento que hago al contemplar sus zapatos; como los pantalones son algo más cortos que de ordinario, sus gruesos zapatones se destacan con toda su monstruosidad y se le ve un buen pedazo de pantorrilla. Sus ojillos inquietos me miran con atención detrás de los gruesos lentes. Tiene el semblante extraordinariamente pálido, blanco como el papel, como si ni el viento ni el sol le hubieran dado jamás, como si hubiera permanecido constantemente en una sacristía.

Durante algunos instantes seguimos escuchando el piano; luego nos dirigimos a la mesa. Esta vez, quien se sienta a la derecha de la señora de la casa es el párroco; yo me siento a la izquierda, al lado de Etel.

El caballero permanece completamente inmóvil en su sitio de costumbre, en una actitud tal que parece que su figura haya sido esculpida allí. Con manos temblorosas despliega la servilleta y se la tiende sobre las rodillas.

El plato principal es un pastel de sesos.

—¡Esto no es comida! —exclama el sacerdote, sirviéndose una abundante porción.

La dueña de la casa espera la respuesta de su marido con ojos sonrientes.

—¿Se puede saber qué reparos le pones? —pregunta el caballero, levantando los ojos con expresión de inquietud.

—¡Comiendo esas cosas no se logra más que aumentar la barriga! Por lo demás, la tuya empieza ya a parecerse de un modo alarmante a un tonel.

El caballero, antes de contestar, reflexiona un momento.

—Yo diría mejor que lo que crece es el cerebro, y esto te conviene mucho.

Los ojillos del sacerdote se clavan en el caballero. Etel ríe tan a gusto que por poco no se le cae de la boca lo que está comiendo.

—Tienes toda la razón —declara el sacerdote masticando con voluptuosidad—. Me hace más falta la cabeza a mí que a ti. Es mucho más fácil mandar cortar árboles que criar y educar plantas humanas.

En seguida me doy cuenta de que entre el sacerdote y el dueño de la casa reina una fingida y burlesca oposición. Siguen dirigiéndose pullas y alusiones de doble sentido, y la esposa del caballero no cesa en su empeño de apaciguarlos. Pero todo ello da la impresión de un humorismo artificial y forzado. Me parece asistir a una representación de menos que medianos aficionados. Estoy convencido de que este tono burlón esconde una profunda delicadeza de sentimientos y de que si se esfuerzan en mantenerlo —¡y quién sabe cuánto tiempo hace de ello!— es únicamente para desvanecer la atmósfera de preocupación que pesa sobre la mesa y cuyo origen sólo

debe buscarse en la presencia de la muchacha muda.

De pronto ocurre algo insospechado. El caballero, alargando la mano, me dice volviéndose a mí y mirándome a los ojos:

—¿Quieres hacerme el favor de darme el salero?

¿Lo he oído bien? ¿Me ha tuteado, realmente? Siento que me he ruborizado. ¿No se habrá equivocado?

Nos sirven el café en la misma mesa. Etel se ocupa con gran destreza del globo de cristal en que el agua empieza a hervir, poco a poco. El criado trae las pipas y pone una ante el párroco; este detalle es suficiente para dar a entender que el sacerdote es una especie de miembro de la familia.

—¿Tú no fumas en pipa, Istvan? —me pregunta el caballero.

—No, gracias; no fumo más que cigarrillos.

Siento que vuelvo a ponerme colorado. Pero, ¿qué puede haberle sucedido para que de pronto haya empezado a tutearme? Hubiera perfectamente podido tratarme con esta misma confianza desde el primer momento en que nos vimos; a fin de cuentas somos colegas, aunque él tenga más edad que yo y sea mi jefe. A pesar del retraso, esta prueba de cordialidad me conforta agradablemente.

Empezamos a hablar de cosas más serias. Tiene la palabra el cura, quien, a medida que va hablando, va aclarando su vino con sucesivos chorros de sifón. Habla en tono tranquilo, pero con voz potente. Me da la impresión de ser un hombre culto e instruido. En su conversación aparecen palabras no sólo latinas, sino incluso alemanas o francesas. Diría que le estoy viendo durante los largos lustros que ha pasado entre las húmedas paredes de su casa parroquial, devorando afanosamente todos los libros que caían en sus manos. Como apenas ha tenido contacto con otras personas de su misma categoría espiritual, sus juicios deben haberse formado sin restricciones ni obstáculos. Su voz serena y reposada se inflama, pero no en la forma patética característica de los sacerdotes. Cada vez que habla de la transformación del orden social contemporáneo, su acento asume un tono profundamente humano. Conozco perfectamente esta categoría de párrocos de aldea. Hay algunos cuyo espíritu se elevaba sobre su rincón de tierra con el ímpetu de un torbellino o de una nube de polvo. He vivido largo tiempo en el campo, y nunca he podido observar nada semejante entre los pastores protestantes. Los pastores protestantes tienen esposa e hijos, deben ocuparse de las mil menudencias de todos los días, y, por necesidad, viven constantemente sobre la tierra. En cambio estos solitarios curas de aldea católicos a menudo se remontan en el vacío, soltando las amarras que les atan al suelo. Pero Florián Varga es distinto de cuantos he conocido hasta ahora.

Quisiera penetrar en su pensamiento, poner en claro cuál es su opinión en relación con los distintos partidos políticos; pero no tengo modo de lograrlo, ya sea porque en sus palabras, por lo menos en la medida en que yo lo puedo apreciar, no se percibe una base política segura e indiscutible, sino que se fundan en el sentido humano de la vida. Una vez asoma en su discurso su fervoroso amor por Hungría y la raza húngara,

pero luego afirma que en la nueva Europa las razas se deben amalgamar completamente. Y enlaza estas opiniones contradictorias con tal claridad que resulta difícilísimo contradecirlo.

El caballero aprueba de vez en cuando, mientras su esposa y su hija se limitan a escuchar, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—El mundo en que hemos vivido hasta ahora está superado, definitivamente pasado a la Historia —dice mientras con sus gruesos dedos se entretiene haciendo saltar las migajas de pan que han quedado sobre el mantel.

—Verdaderamente, está terminado —asevera por su parte el caballero, esforzándose en fijar con calma y serenidad sobre el techo su mirada inquieta, como si del techo hubiera de venirle una respuesta a la pregunta problemática: «Puesto que esto ha terminado, ¿qué vendrá luego?».

Pero el techo, en lugar de responder, deja caer sobre la mesa un silencio profundo y prolongado.

—El mundo es siempre igual —dice la señora, intentando defender su época y apretándose todavía más las manos sobre el pecho.

Florián Varga se enardece.

—Perdóneme, pero esta idea de que el mundo es siempre igual es totalmente falsa.

Y empieza entonces a hablar del alma de la Edad Media, en términos que permiten vislumbrar en él una brillante preparación histórica.

Una vez terminada su demostración, se vuelve hacia mí.

—Y tú, ¿cómo perdiste tu brazo?

Empiezo a narrarlo detenidamente, y, al hacerlo, voy recordando detalles, que en sí carecen de significación, pero que hasta ahora se me habían pasado completamente por alto. Recuerdo que con los chicos Kovassy nos habíamos propuesto construir una cabaña junto al lindero de un campo, una de esas cabañas que todos los muchachos han querido hacer alguna vez; y que para poder empezar la construcción inmediatamente me habían destacado a mí a la vieja serrería con el encargo de echar un vistazo en busca de una hacha, ya que carecíamos de toda clase de herramientas. Fue entonces cuando, bajo una tabla arrinconada, encontré la bomba de mano.

Mi relato es seguido con gran interés. Incluso Etel se inclina hacia delante, apoya los codos sobre la mesa y me mira atentamente; cuando termino de hablar, el comedor queda sumido en un profundo silencio.

El primero en romperlo es Florián Varga.

—Tengo que volver a mi tema de antes. Créeme, hijo mío, tú eres un símbolo. Eres el símbolo de que...

—¡Pero Florián!, —le reconviene la dueña de la casa, dándole un codazo—. ¡Deje usted de una vez tranquilos sus eternos símbolos!

Pero la palabra «símbolo» ha quedado en el ambiente y parece, en medio del silencio, un ave invisible que ande aleteando lentamente en busca de alguien sobre

quien posarse. Y poco a poco se decide por Etel. Me parece que aquel silencio sin nombre encierra esta pregunta: «¿De qué puede ser símbolo su boca muda? ¿De qué cadenas, de qué destino oculto e inexplicable, de qué deseos fundamentales en la vida de una muchacha campesina?».

—Vamos a jugar un poco a las cartas —dice el caballero levantándose de la mesa—. ¿Sabes jugar al julepe?

—No mucho —contesto, y entre mí no acierto a decidir si de ahora en adelante deberé llamarle por su nombre o si bastará añadir de vez en cuando un «con tu permiso», para que quede sentado que también yo le tuteo.

Pasamos al salón. Etel enciende la radio y la regula de manera que sólo muy levemente oímos la música cingara que transmite la estación de Budapest. Las suaves melodías de antiguas canciones que salen del altavoz hacen todavía más dulce y familiar el ambiente de la estancia, iluminada por una lámpara de petróleo.

Juegan el caballero, el párroco y Etel. Aunque las apuestas son pequeñas, juegan dinero. La partida se desarrolla durante largo rato en silencio, y sólo de vez en cuando se oye el refunfuñar de descontento de los dos hombres.

Yo estoy sentado en el lado opuesto del salón, hablando con la dueña de la casa. Como también ella es oriunda del departamento de Szabolos, intentamos encontrar relaciones comunes. Y como sucede siempre en tales casos, al cabo de un cuarto de hora hemos llegado a descubrir que casi somos parientes: es cierto que hay que subir hasta la octava o novena generación, pero para el caso da lo mismo. Una vez hecho este descubrimiento, nuestra conversación adquiere un tono de mayor confianza. Tengo la impresión de hablar con una mujer satisfecha de su vida, contenta y casi feliz. Me cuenta que su padre, que falleció recientemente, le dejó doscientos acres de excelentes tierras; pero que ahora que se ha recuperado el Norte de Hungría los ha vendido y para emplear inmediatamente el dinero ha comprado a los condes trescientos acres de bosque. Quizá las tierras de su padre valían más, pero en cambio ahora tiene la ventaja de que su marido puede cuidarlas directamente. Un día tendré que ir a ver la finca, que naturalmente está situada junto al Danubio; es hermosísima e incluso hay un edificio, una especie de pabellón de caza que ahora están restaurando. En su testamento se lo deja todo a su hija. Me habla de Etel como si fuera una muchacha perfectamente normal. Me enseña un cuadro en un grueso marco dorado, colgado de la pared. El asunto es un bosque inundado por la luz rojiza del atardecer, que se refleja en las aguas del río vecino.

—Etel lo pintó, y ella misma construyó el marco.

Y sonrío satisfecha, dejando ver una dentadura regular, de blancura extrañamente matizada de azulado.

Me levanto para contemplar más de cerca el cuadro y el marco. Éste consiste sencillamente en una pieza de madera, constelada de granos de mijo y dorada. Verdaderamente, como obra casera no está mal.

La pintura no me entusiasma, pero, con todo, me confundo en alabanzas.

Junto al tapete verde ha estallado una verdadera tempestad. El caballero ríe tan a gusto que por poco no se ahoga. Su débil barbilla queda como perdida en la línea maciza del rostro. Florián Varga, en cambio, tiene la mirada fija: supongo que ha perdido ignominiosamente la partida. Etel ríe como no la he visto reír hasta ahora, apoyando la cabeza en el brazo que reposa sobre la mesa. Está tan excitada que se pone a gritar.

Es la primera vez que oigo su voz, extrañamente semejante, en su tono, al graznido del pavo real. La impresión que me produce es horrible.

—¡Locos!, —sentencia la dueña de la casa, y después de hacer con la mano un ademán mecánico reanuda la frase abandonada un momento antes.

Hacia las once se disuelve la tertulia.

Antes de que me marche, la señora de la casa dice dirigiéndose a su hija:

—Etel, mañana podríais ir con Istvan al Baktato y le enseñarías la casita. —Y añade, volviéndose hacia mí—: El Baktato es el nombre de la finca de que le he hablado esta noche.

Etel asiente repetidamente con la cabeza con aire de contento y luego, cogiendo unas riendas invisibles, se pone a imitar el galopar de un caballo, mientras su mirada se fija interrogativamente en mí.

—Claro está —dice su madre— que podréis ir a caballo.

Etel me indica con los dedos que saldremos a las siete de la mañana. Asiento con una leve inclinación de cabeza.

—Adiós, Istvan, buenas noches —dice el caballero al despedirme, y me estrecha calurosamente la mano.

Salgo al patio en compañía del sacerdote, y me sobrecoge una especie de vértigo. El patio está completamente sumido en la oscuridad. Encendemos nuestras lámparas. Nos saludamos, y los círculos de luz de las linternas emprenden direcciones opuestas: la luz que sale de la lámpara del sacerdote ilumina los pinos, mientras la mía corre por las paredes de las dependencias de la casa.

Al llegar a mi habitación me siento al borde de la cama y empiezo a reflexionar. Recuerdo mi llegada y la acogida más bien fría del caballero. Recuerdo el momento en que su lámpara iluminó mi figura y me parece oír aún su pregunta no formulada: «¿Le falta a usted un brazo, señor ingeniero?». Y luego siguió aquel largo silencio, en el que me pareció advertir una especie de sorpresa y de tácita reconvención. Recuerdo perfectamente que ni la madre ni la hija han hecho el menor gesto de sorpresa ante mi manquedad; sin duda el padre las había advertido oportunamente. Después de la primera cena en común, no cabe duda de que los padres hablarían de mí. Tal vez me encontraron simpático. ¡Quién sabe si no les habrá pasado por las mientes la idea de que yo podría ser el único marido posible para su hija, precisamente porque me falta un brazo! Quizás este tema de conversación les tuvo despiertos hasta el amanecer. Son unos padres como los hay a millares, a millones; y en ciertos casos de la vida ya se sabe que los temas de conversación de los padres son

siempre unos mismos. Tal vez este rápido cambio en el modo de tratarme, este súbito tuteo, obedezca a esta razón. Incluso ella, la madre, me ha llamado por mi nombre de pila. Esto permite suponer muchas cosas. Quién sabe si el sacerdote, el amigo de la familia, no ha sido invitado adrede para recabar de él una opinión desapasionada. De este modo serían tres a desliar la madeja. Y ahora viene a confirmar mis sospechas el relato de la señora, al informarme, con tan matemática precisión, de la situación financiera de su hija y de su reciente mejora a consecuencia de la herencia y de la compra de la nueva finca. Por último, viene la invitación a visitar el pabellón de caza, en compañía de Etel. ¿Cómo me las voy a componer para pasar medio día con una muchacha muda? El hecho de ir a caballo no resuelve más que en parte el problema.

En este momento siento una profunda compasión por ellos. Comprendo perfectamente a los padres: me imagino cuántos ingenieros forestales, jóvenes y fuertes, se habrán escapado de esta misma habitación que ocupó yo en este momento; indudablemente, en cuanto se habrán dado cuenta de lo que se tramaba detrás de ellos, no habrán tenido otro remedio que la fuga.

¡Qué cosa tan rara! Poco a poco va naciendo en mí una especie de protesta; es más, me siento un poco escandalizado. Me falta un brazo, lo reconozco; pero aun así no soy tan desgraciado que pueda creérseme un marido adecuado para una muchacha muda. Ser mudo es muy distinto.

Y al esforzarme en ver nuestra situación de una manera objetiva no puedo menos de reconocer que el mero hecho de pensar en un matrimonio de esta índole es algo sencillamente repugnante. El que un hombre tuerto o jorobado se case, es un hecho natural; pero que se case con una mujer también tuerta o jorobada es algo ridículo y repulsivo. Empezar la vida en común aportando al matrimonio un defecto físico cada uno me parece imposible. Levanto los ojos hacia la cabeza disecada del carnero; en aquel momento no me importa que me mire o no: le devuelvo la mirada y frunciendo el labio en un mohín de desprecio le digo:

—Amigo, yo te dejo plantado.

Me siento ante la mesa y me pongo a escribir a Istvan Bodroghy, mi tío Itta. He aquí lo que le escribo:

«Querido tío Itta: He tomado posesión de mi nuevo empleo y me ha bastado una ojeada para comprender que no me conviene. Con todo, como mi jefe es una excelente persona y no quisiera darle un disgusto, le agradeceré a usted que me escriba una carta llamándome a su lado por asuntos de familia urgentes. Mejor todavía si me envía un telegrama. Me procuraré un permiso de algunos días, y luego ya me arreglaré. Pero lo que no quiero de ningún modo es volver aquí».

CAPÍTULO TERCERO

Me he levantado a las cinco, como de costumbre.

Llovía, y un viento frío zarandeaba los árboles. Cuando mi mirada ha atravesado la ventana, se me ha llenado de alegría el corazón: el mal tiempo me alegraba, los densos nubarrones que iban acumulándose me causaban placer, porque estaba seguro de que por su causa se aplazaría la excursión con Etel. Indudablemente, la joven renunciaría a su proyectada salida a caballo, ya que con este tiempo hubiera distado mucho de ser un placer. Y quién sabe si la turbonada duraría varios días, y mientras tanto yo recibiría la carta o el telegrama que había de facilitarme la posibilidad de dejar mi puesto.

Estaba fatigado y de mal humor. El día anterior había andado desde el alba hasta la puesta de sol, y por la noche apenas había dormido. La decisión de marcharme iba robusteciéndose cada vez más en mí, pero no tenía ninguna idea precisa de lo que haría una vez fuera. Debería volver a Budapest y buscarme un nuevo empleo. No tenía miedo de quedarme sin colocación; el problema consistía en «dónde» encontraría otra y «cómo» sería ésta. Estaba seguro de que no me gustaría tanto como aquel tranquilo paisaje que estaba a punto de abandonar. Aquellos bosques, aquellas tierras, eran algo que difícilmente volvería a encontrar. El caballero y su esposa, después de la cena del día anterior, estaban mucho más cerca de mí que antes, y tenía la certeza de que el párroco Florián Varga, con su voz de trueno y su blanca cabeza rizada, quedaría grabado en mi memoria por largo tiempo. Le comparaba a aquellos grandes perros de guardia que se ven por las estepas de Hungría.

Cuando estuve vestido, sin embargo, el viento había cesado y el sol volvía a brillar. No había remedio; no podía evitar la excursión. Desayuné, y hacia las siete me dirigí a la otra casa. Desde lejos, ya vi dos jinetes, junto a la cuadra. Mi propio caballo estaba también ensillado ya y dispuesto. En una de las figuras reconozco, no sin cierta dificultad, a Etel. Lleva una escopeta en bandolera y cabalga como un hombre. Vista así, a caballo, tiene realmente el aspecto de una amazona. Pero ¿quién es aquel hombre de la chaqueta blanca que hace caracolear su montura alrededor de Etel? Al acercarme más reconozco a Bolis. Incluso lleva guantes y una fusta con puño de plata. Su gran sombrero de cazador, descolorido por el sol, le está un poco grande. Naturalmente, pienso, todos estos objetos debe habérselos dado el caballero. Después de la derrota de otoño, todos esos polacos se dieron a la fuga tal como estaban, sin más ropa que la que llevaban puesta. Las señoras que se ocupan de la beneficencia anduvieron después recogiendo prendas de abrigo para los refugiados, y recuerdo muy bien que a una de ellas yo mismo le entregué un abrigo mío de lana gruesa.

—¡Buenos días, señorita Etel! Beso a usted las manos.

Etel se inclina ligeramente hacia delante y me pone ante los ojos su reloj de pulsera. Con fingido aire de reconvención me señala que son más de las siete y diez.

—Mil perdones, pero en mi reloj faltan todavía cinco minutos para las siete.

Un ademán de su mano me da a entender que lo mejor que puedo hacer es echar a la basura un reloj de tan poca precisión. Luego me dirige una sonriente mirada por debajo del ala de su sombrero de hule.

Después de esta breve escena muda, Bolis a su vez, me saluda levantando ligeramente el sombrero que le regaló su patrón.

—Buenos días, señor ingeniero —dice con extraño acento.

—Buenos días, Bolis. Monto a caballo y nos vamos. La presencia de Bolis me complace mucho, porque el hecho de ser dos me ahorra la preocupación, no insignificante, de distraer a Etel y darle conversación durante todo el camino. Además, Bolis, con aquel gran sombrero que le cae sobre las orejas, y sus botas de montar, que le están grandes en dos o tres números por lo menos, me divierte bastante. En cambio, se tiene sobre el caballo con la misma naturalidad que si él y la cabalgadura formasen un solo cuerpo. Su chaqueta de tela blanca le ciñe a maravilla las anchas espaldas y el esbelto talle; desde el cuello hasta las rodillas está elegante como sólo logran estarlo los oficiales de la Guardia Real, pero el sombrero y las botas estropean el conjunto. De cuando en cuando se vuelve hacia mí riendo, y tengo la impresión de que se está burlando de sí mismo. Su boca parece nacida para expresar la alegría. El labio superior está ligeramente pegado al centro de la encía, y cuando ríe no deja de enseñarla. Es un buen muchacho, este Bolis; a su alrededor el ambiente parece más alegre y despejado.

Etel y él cabalgan a poca distancia delante de mí, y me doy cuenta de que el joven no deja de hablar ni por un momento. No alcanzo a oír lo que dice, pero de vez en cuando veo que Etel levanta la fusta y, en broma, finge darle con ella. En estos casos Bolis oprime el flanco de su cabalgadura, ésta da un salto hacia delante, y luego, una vez pasado el peligro, vuelve de nuevo al lado de la muchacha. Al cabo de un rato atravesamos un prado por donde podemos cabalgar los tres en línea.

—¿El Baktato está lejos todavía? —pregunto.

Etel contesta con un signo de su mano enguantada que yo no logro interpretar. Pero Bolis, a su vez, explica con su acento extranjero y su húngaro chapurreado:

—No está lejos. Media hora...

Después de este intento de conversación, no insisto más. Los caballos andan al trote y el ruido característico de las sillas es el único que rompe el pesado silencio que nos envuelve. Una vez atravesado el prado entramos en un sendero que bordea el bosque; a fin de que puedan guiarme, les dejo pasar delante. Como la vereda está cubierta de baches, vamos al paso. Luego el camino mejora, y el paisaje va pareciéndome más familiar. Entre los árboles vislumbro el reflejo de las aguas del Danubio. Ahora lo recuerdo. Algo más abajo debe de estar la barca que nos pasó al llegar a la finca.

Nos detenemos ante una casa rodeada por una especie de empalizada. El portal está abierto. Etel y Bolis entran en el patio sin descabalar; sin duda estamos en el

Baktato. Éste debe de ser el pabellón de caza de que me habló la madre de Etel. Al fijarme mejor veo que hay dos casas. Una, pequeña, de aspecto modesto, que no puede contener más que una habitación y una cocina, y otra mayor, situada frente al portal, con un techo de junco que en el curso de los años se ha cubierto de musgo, y que, semejante a las alas de una gallina protegiendo su cría, cubre las ventanas de la casa, recién encalada. En la parte anterior de la techumbre se levanta una especie de torre, cuya cubierta se ensancha hasta rebasar el alero, en un punto por donde el muro parece combarse: probablemente se trata de la chimenea de la casa. El vestíbulo está adornado con algunas columnas y el techo se sostiene sobre arcos. La casita es realmente bonita; pero no sé por qué tengo la impresión de que no fue construida de acuerdo con el gusto típico de la región; su estilo tiene algo de artificial, como acontece con frecuencia en los pabellones de caza de las grandes fincas húngaras, donde los magnates han querido hacer gala de una ornamentación demasiado estudiada. Seguramente esta casita fue construida a base del proyecto de algún arquitecto extranjero, que probablemente intentó armonizar su gusto personal con el estilo húngaro. La otra casa, que queda algo aparte, a la derecha, es un edificio muy sencillo, de dos ventanas. A la izquierda hay un pozo, que en este momento se halla en reparación, porque parece que había quedado casi en ruinas. Entre las dos casas se levanta un viejo tilo, cuyas ramas llegan a las dos techumbres, apoyándose en ellas. Al observarlo, me parece que el árbol lleva de la mano las casas, como un anciano que quisiera ir de paseo por el bosque con sus nietos. Ante la casa pequeña hay una tosca mesa de madera, y sobre la hierba están esparcidas algunas tablas recién cepilladas. En aquel momento traspone el umbral un viejo de espalda encorvada; está en mangas de camisa y lleva un delantal verde. El sol brilla en el cénit, y el viejo parpadea. Bolis le saluda gritándole:

—¡Buenos días, tío Juhasz!

Etel descabalga, se acerca al viejo, y ambos se estrechan amistosamente las manos. También sale de la casa la vieja Juhasz, que prodiga sus amabilidades a la señorita. Me acerco, y a la primera mirada comprendo que el viejo Juhasz es el padre de mi guardabosque. Tienen ojos idénticos: unos ojillos azules pegados al tabique de la nariz.

—Ya me ha dicho mi hijo que había usted llegado —me dice con su voz pausada y grave.

Nos estrechamos la mano. Los Juhasz son unos servidores de viejo cuño: se les conoce en los movimientos, incluso en las palabras, que pronuncian con un sonido más suave y más seguido que los campesinos auténticos.

—¿Qué están ustedes haciendo?

—Uno de los muros del pozo se había derrumbado y lo estamos reparando.

Etel me hace una seña indicando que la siga adentro. Subimos los pocos peldaños que dan acceso al peristilo y entramos en una habitación más espaciosa, con pavimento de ladrillo. El techo bajo, que se apoya en robustas vigas, hace parecer

mísero y estrecho el local, a pesar de su anchura. ¿Qué sucederá cuando esté amueblado? Lo único que está a punto es el hogar, con los tradicionales escaños para sentarse en las largas noches de invierno. Etel toma un rollo de papel y lo desenvuelve. Es un dibujo de la habitación, ya amueblada. Al lado de la ventana estará el piano y luego un diván en el que caben cómodamente dos personas. No lejos del hogar, habrá una gran mesa de roble, y a su alrededor varios sillones de mimbre. Por lo que del dibujo se desprende, la estancia deberá servir de salón, de sala de estar, de comedor, e incluso, gracias al hogar, en invierno podrá utilizarse como cocina.

¿Fue usted quién ideó los muebles?

Con la cabeza me hace una señal afirmativa, y por encima de mi hombro sigue contemplando el dibujo que tengo en la mano. Yo, naturalmente, lo alabo todo en términos entusiastas. Luego pasamos a otra habitación, cuyo mobiliario está dibujado en otra hoja. Es un dormitorio con dos camas; pero éstas no están una junto a otra, sino opuestas. Del dormitorio se pasa al cuarto de baño, cuya calefacción se hará por medio de un fuego de leña. La otra puerta del cuarto de baño da al peristilo.

—¿Y el agua, de dónde saldrá?

Con algunos ademanes rápidos y de fácil comprensión, me indica que habrá un depósito en el desván, que se llenará con una bomba accionada a mano.

—¿Y habitará alguien?

—¡Claro!, —parece decirme con un entusiasta movimiento de cabeza.

—¿Quién?

—¡Yo! —Se señala a sí misma, sonriendo alegremente, con cierto aire de misterio.

Sigue adelante, y yo me quedo solo un momento, en la estancia que huele a cal fresca. Mis pensamientos cristalizan de improviso. Vuelvo a seguir a la muchacha, y voy tratando de comprenderla. Me sorprende que pueda aludir a su matrimonio tan abiertamente y con tal naturalidad. Porque es indiscutible que no puede referirse a otra cosa; o de lo contrario, ¿qué significarían todos esos muebles y esa habitación con dos camas? Diríase que en las mujeres el instinto de arreglarse un nido es una voluntad misteriosa y profunda, tan profunda que no falta ni aun a una muchacha como Etel. ¡Dios mío, qué cosa más rara! Pero no creo que tenga la idea de que deba elegirme a mí para ello. ¡Si sólo hace dos días que nos conocemos! Para que pueda tener una idea semejante la considero demasiado pura, demasiado virginal. Incluso en el caso de que sus padres hubieran hecho sus cálculos contando conmigo, Etel no debe de saber ni una palabra de tales proyectos. Etel ve sencillamente el hecho del matrimonio, el matrimonio considerado como una de las etapas de la vida de una mujer, a la que deberá llegar como llegó a las otras de su vida: el desarrollo de su cuerpo y su transformación de niña en mujer. Evidentemente el hecho de no poder hablar no le parece un obstáculo a un casamiento, y el no poder comunicar con las demás personas como todos podemos hacerlo no debe de ser a sus ojos un defecto muy grave. Tal vez tiene esta impresión porque hasta ahora ha estado constantemente

rodeada por personas que no han perdonado medio para hacerle olvidar su defecto. Por otra parte, el ser humano es muy extraño: nunca se da cuenta de sus propias limitaciones en toda su realidad. Quizá la idea de que los hombres la observan a hurtadillas, con un sentimiento mixto de compasión y horror, se ha oscurecido en su mente hasta el punto de desvanecerse por completo. Y realmente, ¿por qué razón debería darse cuenta de semejante impresión de horror, si, aparte su defecto, Etel es la imagen de la belleza y de la salud?

Mientras tanto, Bolis ha desensillado los caballos y les ha dado de beber. Etel se vuelve hacia mí y me pregunta si no deseo ver el bosque que circunda la casa. Es curioso darse cuenta de la facilidad con que logro entender los pensamientos que expresa únicamente por medio de gestos y ademanes.

En el momento en que vamos a marchar, se acerca a Bolis para preguntarle algo. Y oigo que el joven contesta:

—Sí, sí; también he traído el encarnado. Está allí dentro, en el saco...

Se trata de los marcos de las ventanas, que, según la costumbre húngara, estarán pintados de rojo y verde. Así lo deduzco de los preparativos que siguen a la respuesta de Bolis; pero de momento es un misterio para mí el explicarme cómo Bolis ha logrado entender tan de prisa una pregunta tan complicada. Quizá se trata de una cuestión de costumbre.

Etel me toma de la mano y me lleva hacia el portal.

Con ello quiere indicarme que ya está lista y que podemos marchar. Pero este ademán es sencillo y no tiene más significado que el de una indicación dada en broma. Sin embargo, yo sigo preso de una extraña angustia que me oprime la garganta y no me abandona ni un momento. Por lo visto, Etel se ha dado cuenta de mi estado de ánimo, porque sacando de su bolsillo el bloc, escribe algunas líneas.

Mientras escribe, observo atentamente cómo van naciendo las letras, que reflejan un temperamento femenino fuerte y decidido.

«Cuénteme usted quién es, de dónde viene, quiénes son sus padres, y si tiene usted hermanos».

En cuanto termina de escribir me mira como para comprobar si ya he terminado la lectura. Luego vuelve a guardarse el bloc en el bolsillo.

—Con mucho gusto —le contesto, y me siento como liberado.

Empiezo a hablar de mi infancia, de casa de mis padres, y le cuento que tenía siete años cuando mi padre murió en el frente. Mi única hermana marchó a Holanda en uno de aquellos trenes de beneficencia que circulaban durante la guerra. Durante muchos años nos escribía todas las semanas, poco más o menos; se quedó allí y se casó. Hace diez años que no la he visto, y su última carta me llegó por Navidad. Luego le hablo de mi tío, Istvan Bodroghy, a quien yo llamo todavía tío Itta porque de niño no lograba pronunciar bien su nombre. Y de mí, ¿qué debo contarle? Poco a poco se me va desatando la lengua. Veo que para Etel incluso la más sencilla de las narraciones tiene gran interés, sobre todo si hay en ella algo de alegría. Y en el saco

de recuerdos de mi vida no es difícil hallar notas alegres. El camino que seguimos nos lleva a la orilla del Danubio; de vez en cuando nos detenemos para cobrar aliento y admirar todas las bellezas del paisaje. En algunos puntos en que el río se salió de madre se han formado pequeñas lagunas, en cuyas aguas, calentadas por los rayos del sol, hormiguean millares de minúsculos peces. Acá y allá vemos también alguna garza de encarnado plumaje, que al darse cuenta de nuestra presencia levanta perezosamente el vuelo, sacudiendo con sus alas el inmóvil espejo del agua. Encontramos también a dos gendarmes. Etel se detiene para ofrecerles un cigarrillo. Nos saludan y siguen su camino. Nosotros no tardamos en volver al bosque, donde nos sentimos de pronto envueltos por el fresco aliento de los árboles. En el fondo de los matorrales y por entre las hierbas quedan todavía algunos montoncitos de nieve, sucia ya y casi fundida. Realmente, el invierno ha sido muy duro.

—Aquí quedan todavía señales del invierno —digo, apartando con el pie un poco de nieve— y dentro de cuatro semanas el día empezará ya a acortarse.

Etel encuentra setas: en su sombrerito de hule recoge a toda una familia. En efecto, esta variedad de hongos tiene la característica de crecer debajo de un auténtico lecho; hay un hongo grande, y alrededor de él, como bajo su protección, se desarrollan los demás, tan pequeños que a menudo no llegan al tamaño de una nuez. Después de las lluvias, las setas se pueden encontrar en gran cantidad. En tales casos, es casi inevitable el establecer una especie de concurso: ¿quién encontrará más setas en menos tiempo? Pero, naturalmente, antes de iniciar la carrera hay que ponerse de acuerdo acerca de la variedad de setas que se va a buscar. Lo decidimos, pues, y nos separamos en medio de la espesura. Un grito indicará únicamente el lugar en que nos hallamos, y dos gritos triunfantes significarán que hemos encontrado la variedad que se busca... Así nos entretenemos, hasta que al cabo de poco, por entre el follaje, oímos las campanadas de las doce. Corremos hacia la casa, llevando los sombreros llenos de setas.

En medio del patio, Bolis está dando vueltas a un asador, en el que asa dos pollos con verdadera maestría.

Los dos viejos sacan al patio una mesa basta y la colocan bajo el tilo. Ponen la mesa para tres personas; o sea, cuentan a Bolis. No veo nada de extraordinario en ello, puesto que si bien el muchacho se dedica de vez en cuando a trabajos serviles, nadie le considera como un criado, sino que me parece que todo el mundo ve en él a la vez a un refugiado y a un huésped. Ahora que no lleva aquel sombrero deslucido que esta mañana le daba un aspecto tan cómico, tiene un aire muy digno. Y realmente sus maneras no son las de un campesino. Procura anticiparse a todos mis movimientos y mostrarse muy cortés para conmigo. Tengo la impresión de que no es de humilde origen. Se le ve joven, quizá no llega a los veinticinco años.

—¿Le gusta a usted el pollo, señor ingeniero?

—¡Mucho! —le contesto—. ¿Y dónde aprendió usted a asarlo así?

—¡Oh! La cocina polaca es excelente. ¿Percibe usted el olor a romero?

—Sí; decididamente deberá de ser algo exquisito. Y dígame, ¿de qué nombre deriva el diminutivo Bolis?

—De Bolislav.

—Comprendo. ¿En qué arma servía usted?

—En el 22 batallón de artillería.

—¿Tiene usted familia?

—Mi madre y una hermana pequeña.

—¿Dónde están ahora?

—Allí. El territorio pertenece a Rusia actualmente.

Etel, a hurtadillas, frunce el entrecejo para indicarme que deje ese tema. E inmediatamente después mira a Bolis con la misma expresión de ansiedad.

Realmente, yo ya no me acordaba siquiera de que ayer Szenbenyei me contó que el polaco había intentado escaparse una vez. Comemos en silencio el pollo, preparado de una manera verdaderamente exquisita, y me esfuerzo en vano en hallar un nuevo asunto de conversación; por lo visto, mi inteligencia no está preparada para este género de transiciones. Bolis, asimismo, se calla. Tiene razón Etel: no hubiera debido hablar de esta cuestión de Polonia. Etel me acerca la fuente.

—No, gracias, ya tengo bastante.

Y a mi vez se la ofrezco a ella. Pero tampoco ella quiere más. Ha sobrado bastante pollo. Etel acerca la fuente a Bolis y, moviendo expresivamente las cejas, le anima a que se sirva más. Bolis alarga la mano para coger un muslo con los dedos, pero Etel le da un golpe en la mano y con aire severo le señala el tenedor.

—¡Aaay! —gime burlonamente Bolis, dejando caer la mano como si se la hubiera roto, a pesar de que el golpe no ha sido más duro que el peso de un insecto sobre la palma de la mano. Bolis desempeña a maravilla el papel del hombre que está sufriendo lo indecible.

—Pero ahora estamos al aire libre —dice intentando excusarse, y considerando, seguramente de acuerdo con las enseñanzas de Etel, que al aire libre pueden ahorrarse los cumplidos.

Este detalle me hace suponer, o mejor dicho, me confirma, lo que ya imaginaba: a los ojos de los habitantes de la finca, y principalmente a los de Etel, Bolis debe de ser una especie de salvaje, un ser absolutamente primitivo. Si no tuviera la forma bella y pura de un ser humano se podría decir que es como un chimpancé amaestrado, cuya contemplación es suficiente para procurar un placer poco común. Por lo demás, ya he observado otras veces que cuando alguien habla mal un idioma, hay cierta tendencia a considerarle como una especie de animal simpático e inofensivo.

«Pero un ser mudo —sigo desarrollando mi pensamiento— puede elevarse a alturas verdaderamente sobrehumanas, sobre todo si su mirada es tan inteligente y pura como la de Etel. Es indiscutible que en el rostro de la muchacha se refleja un alma extraordinariamente noble y misteriosa».

Después de comer, Etel se ha fabricado un gorro de papel y se ha puesto a pintar

las paredes de la casita. Poco después, el patio se ha llenado de un olor fuerte y penetrante a barniz. Incluso en la mano del viejo Juhasz la garlopa se mueve con rapidez, y las rubias virutas caen en abundancia por el suelo. En vista de que mi presencia ya no es necesaria, me despido. Etel me confía las setas y me ruega que las lleve a la cocina.

De vuelta a casa encuentro al caballero en la oficina, abrumado de trabajo. Está preparando su informe mensual, que acostumbra redactar con el mayor escrúpulo. Le refiero en pocas palabras lo que he visto, sin olvidarme, naturalmente, de hacer un vivo elogio de la finca y de la casita.

—Sí —responde—, es un sitio muy ameno y tranquilo. Etel está muy ilusionada con su casa.

Me parece que en su voz aletea un suspiro apenas perceptible... Rápidamente y a hurtadillas me dirige una mirada; tengo la impresión de que se propone captar algo que yo no estoy dispuesto a dejarle ver. Creo que desea saber cuáles pueden ser mis pensamientos, ahora que ya he visto la finca de Etel.

Luego me confía algunos trabajos insignificantes, casi excusándose por haberse tomado la libertad de darme tanto quehacer. Se pasa un rato eligiendo entre su colección de sombreros y bastones y al cabo de unos instantes de indecisión, toma un sombrero tirolés y un bastón lleno de nudos. Tiene el aspecto de un hombre preocupado por sus pensamientos.

Me quedo solo, y me entrego a la reflexión. Quisiera llegar a reunir los hilos que durante mi ausencia él y su esposa habrán tejido alrededor de mi persona. Estoy seguro de que se está preparando algo.

Al día siguiente, domingo, somos seis a la mesa. Come con nosotros el médico, doctor Sebestyén. Es un hombre joven, quizá más joven que yo. Exteriormente, más parece un propietario que un médico. La cosa no tiene nada de particular, ya que un médico de pueblo húngaro debe pasarse la vida en la silla de su caballo, o, para ser más exacto, en el sillín de su moto. De hecho, la moto de Sebestyén está a la puerta, apoyada al tronco de un pino.

—¿Te extraña? —me pregunta cuando después de comer vamos a echar un vistazo a su deseada máquina—. Dentro de poco todos los médicos de pueblo iremos en aeroplano. ¿Qué van a poder hacer, si no, de tantos motores, el día que la guerra haya terminado? ¿Y todas las fábricas de industria de guerra? Antes de que se haya logrado transformar todo el mecanismo bélico en algo útil para la paz pasará mucho tiempo. Ya veréis que, después de la guerra, en el cielo habrá más aviones que pájaros. ¡Y los pilotos! Una vez tomado el gusto de volar, no habrá quien les haga bajar a la tierra.

—No es imposible —murmura el párroco Florián—. Pero tampoco es imposible que dentro de algunos años todos tengáis que ir a pie.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque esta civilización actual está destinada a desaparecer.

—¡Por favor, querido Florián, no te entristezcas por la suerte del mundo! — replica el médico subrayando sus palabras con un despectivo ademán de la mano.

—No me entristezco, porque lo que he vivido me pertenece..., en fin, son accidentes. Ya he vuelto a comer demasiado. —Y luego, siguiendo con sus razonamientos, pregunta a Sebestyén—: ¿Qué crees que va a suceder una vez terminada la guerra?

El joven médico, al principio, se contenta con reír. Ya otras veces me he dado cuenta de que en cuanto un viejo y un joven empiezan a discutir acerca del mundo actual, el joven prevé para el porvenir próximo algo muy agradable, mientras el viejo, en cambio, sólo expresa melancólicas desilusiones. Por lo demás, estoy convencido de que éste es el orden natural de las cosas, ya que de lo contrario el mundo se habría detenido hace muchos años.

—Fíjate en lo que te digo, querido Florián: no pasarán dos años antes de que puedas viajar por toda Europa sin necesidad de pasaporte ni de moneda extranjera — contesta luego el médico—. ¿Quieres apostarte algo?

El anciano párroco no acepta la mano que le tiende el doctor. Levantando el índice de su mano derecha y entornando los párpados detrás de sus gruesos lentes, cita estas palabras del Antiguo Testamento:

«—Y llegó el día en que tembló la tierra y se oscureció el sol...». —Sus últimas palabras apenas se entienden. Suspira profundamente y añade—: Y ahora, dejadme dormir un poco.

El médico se ríe, satisfecho, y me lleva a dar una vuelta por el jardín. No tardo en llevar la conversación al tema de Etel.

—Pero, dime, ¿esta pobre muchacha nació así?

El doctor, que en aquel momento está encendiendo un cigarrillo, mueve la cabeza.

—¡Qué va! No sé exactamente cómo fue la cosa, porque apenas llevo tres años aquí y no la he debido visitar jamás. Pero ya puedes imaginarte la cantidad de médicos y de profesores que debieron consultar cuando era pequeña. En mi opinión, y reconstruyendo su desgracia a base de lo que he oído contar a su madre, lo que sucedió fue que precisamente en la edad en que los niños empiezan a aprender a hablar sufrió una sordera temporal. A los siete años no hablaba todavía, y más tarde, cuando recobró el oído, no se atrevió a hablar porque se dio cuenta de que jamás llegaría a hacerlo bien. Se trataba de un obstáculo psicológico, de un choque nervioso, o, si me permites una expresión semicientífica, de una seudomudez. He aquí una versión. Otra es la de que en su cerebro, precisamente en la región en que se localiza la facultad de hablar, existe una especie de tumor. A mi entender esta segunda hipótesis es la menos probable, porque una enfermedad semejante llevaría consigo una parálisis de orden espiritual, que de ningún modo se observa en Etel. Lo que no ofrece duda es que se trata de un caso realmente extraordinario. Pero el organismo humano es un mecanismo tan complejo y delicado que nunca se llega a penetrar a fondo. En fin: como ya te he dicho, mis informes respecto a esa muchacha

son muy imprecisos, porque nunca me he ocupado directamente de ella. Su oído es finísimo, como el de una liebre, y su inteligencia es verdaderamente extraordinaria. ¿Tienes idea de hasta qué punto es inteligente e instruida esta chica? Sostiene correspondencia seguida con mi mujer, y te aseguro que vale la pena leer sus cartas.

—Es raro —digo, pensativo—. ¡Qué vida puede tener una joven como ella...!

—¿Qué vida? ¡Una vida normal! ¡Se va a casar!

Y de pronto me mira, y me parece que su mirada intenta adivinar algo a través de la expresión de mi rostro. Luego sonrío de una forma rara, como una persona enterada de algo que no quiere decir.

Aquella mirada me irrita tanto, que siento que la sangre me hierve en las venas. Sólo llevo unos días aquí, y todo el mundo parece haber tomado decisiones respecto a mi porvenir. Sé perfectamente que ésta es una costumbre muy extendida en el campo, pero aun así, opino que exageran un poco. Pero antes de que yo pueda replicar, el joven doctor me toma por el brazo riendo.

—No vayas a creer; casarse con una mujer como ella no es una tontería tan grande como puede parecer a primera vista. ¿No sabes la historia de aquel hombre rico de la Edad Media que estaba casado con una mujer muda? Adoraba a su esposa, pero su desgracia le tenía profundamente apesadado. Un día se enteró de que en un país lejano vivía un médico que sabía curar a los mudos. Para poder lograr que éste le visitara tuvo que vender todos sus bienes. El famoso doctor operó a la mujer, y ésta empezó a hablar al día siguiente. Pero al cabo de dos días, su marido se vio obligado a pedir el divorcio. —Y añade, levantando las manos—: ¿Te imaginas tú que mi mujer enmudeciera por una semana? ¿Qué vida, eh?

Y, montando de un salto en su moto, echa a correr, con un ruido que parece el tableteo de una ametralladora.

Los días siguientes transcurren en silencio, sin ningún acontecimiento digno de mención. Recibo carta de mi tío; me aconseja que me quede y que deje de estar constantemente buscando cambios, o por lo menos, que aguarde hasta haber encontrado una nueva colocación segura. Naturalmente, el excelente anciano no puede ni remotamente imaginar en qué situación me encuentro, y como no está al corriente de nada, no le cuesta gran esfuerzo dar consejos. Pero se trata de algo tan delicado, que no hay posibilidad de discutirlo con nadie más. No me queda otro remedio que inventar algo sobre la incomodidad de mi instalación, el exceso de trabajo, o cualquier otro pretexto por el estilo.

Hasta el fin de semana no ocurre ningún hecho de interés, excepto la partida de Etel, la cual, según se me ha dicho, va a pasar un par de semanas a Györ, junto a su tía Fani. Sale en coche, acompañada de Bolis, que se quedará con ella para traerla de nuevo a casa. En tales ocasiones la tía Fani aprovecha la presencia de su sobrina para dedicarse a hacer visitas y a despachar asuntos para todo el año. Lo más raro del caso es que la madre de Etel, al comunicarme un acontecimiento tan sencillo como la partida de la joven, añade:

—Se quedará en Győr diez o doce días, porque desde la mañana hasta la noche no hará otra cosa que recorrer comercios. Sería muy difícil ir todos los días, y hay que tener en cuenta que para preparar un ajuar de novia se requiere tiempo y tino...

Y al pronunciar estas últimas palabras dirige una mirada rápida y disimulada a mi semblante.

«La cosa va teniendo gracia...», pienso entre mí, y me limito a sonreír. La ausencia de Etel hace más llevadera la situación, y durante esos días no sucede nada de particular.

El día antes del fijado para su regreso, al dirigirnos, después del almuerzo, cada uno a nuestra oficina, el caballero me dice:

—Quisiera hablarte un momento, Istvan.

Por el tono de su voz adivino que quiere comunicarme algo de importancia. Naturalmente, me levanto y entro en su despacho. Apoya sobre mis hombros sus manos temblorosas y dice:

—Hijo mío, te ruego que vayas al pueblo a ver a Florián. Hay cosas que me cuesta decirlas; él, en cambio, en pocas palabras te dirá de qué se trata.

Se acerca de nuevo a su escritorio, y volviéndose a medias, se frota los párpados y la nariz con el pañuelo. Me doy cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tengo que ir en seguida?

—Sí; te está aguardando.

Sin añadir una palabra, salgo de la estancia. A los pocos minutos cabalgo hacia el pueblo. No puedo hacer otra cosa que someterme a esta prueba. ¡Estoy viendo que esta gente va a pedir mi mano! ¡La única mano que poseo! Intento tomarlo a broma, pero no puedo evitar un movimiento de violencia: doy un fustazo en la oreja de mi caballo.

Encuentro al viejo párroco ante la estufa, con los brazos cruzados detrás de la espalda, sumido en sus pensamientos.

—Siéntate, Istvan. ¿Quieres una copita de licor de nueces?

—No, gracias.

Me siento, y le miro con una cara que en aquel momento debe expresar toda la interrogación de que un gesto es capaz. Él sigue en su sitio junto a la estufa y en la misma postura. Después de haber hecho chasquear los dedos repetidas veces, dice:

—Creo que ya adivinarás de qué se trata.

Mis ojos permanecen fijos en el pavimento. Después de una breve pausa contesto:

—De Etel.

—Sí —asiente.

No sé por qué, pero lo cierto es que en el fondo yo esperaba otra cosa. Después de mi breve respuesta, mi semblante recobra su rígida expresión anterior.

—Conozco a esa muchacha desde el día que nació —dice el sacerdote, y su sonora voz retumba profundamente en la estancia silenciosa, que exhala el olor peculiar a los talleres de sastrería pueblerinos—. Y ahora —prosigue—, ahora que ha

llegado al momento crucial de su vida, me siento a su lado como si fuera no sólo su padre espiritual, sino su verdadero padre. Ahora bien, por lo que a ti se refiere, hijo mío, una vez que el azar te ha llevado a relacionarte con una familia tan respetable, supongo que te habrás dado cuenta de que desde el primer momento has merecido el aprecio de todos. Nuestra simpatía por ti ha sido espontánea y sincera. Reconozco que no llevas más que tres semanas aquí, pero en muchos casos el tiempo no cuenta..., de modo que es inútil que malgaste palabras para transmitirte el encargo que me han hecho mi amigo Feri y su esposa, así como la misma Etel. La muchacha se casa la semana que viene, y todos estarían muy contentos si quisieras actuar de testigo.

Me revuelvo en la silla. ¿Lo habré oído bien?

—¿Testigo? —pregunto en voz alta.

—Sí, hijo mío. El otro será el médico, el doctor Sebestyén.

Permanezco unos instantes sin acertar a decir una palabra.

—Pero ¿Etel está prometida?

—¿Cómo? ¿No lo sabías?

—¿Cómo podía haberlo sabido? Ni siquiera lleva anillo.

—Es verdad... No querían anticipar la noticia. Por otra parte se trata de una historia de amor que empezó ya por Navidad.

—¿Y quién es el novio?

—Bolíslav Beryla.

—¿Bolis?

Asiente con la cabeza, y añade:

—No te extrañe. Es un acto de humildad hermosísimo, sobre todo en la época en que vivimos.

Pero ahora sus solemnes palabras apenas llegan a mis oídos.

—¿Acaso le ha sucedido algo con la chica?

—¿Qué te figuras?

No contesto.

—No ha sucedido nada —contesta el anciano párroco sacudiendo lentamente la cabeza—. Esa muchacha, y yo lo puedo asegurar mejor que nadie, porque no hay otra persona que conozca como yo sus secretos, es pura como la nieve recién caída. En su cuerpo se aloja un alma cándida como la de un niño. Lo único que ha sucedido es que ha reflexionado sobre sí misma, y se ha hecho cargo de que no podría casarse jamás con un hombre de su misma clase social..., y no ha hecho otra cosa que educar, elevándolo a su nivel, a ese excelente muchacho tan sencillo. Estoy convencido de que Bolis logrará hacerla feliz.

Y añade, después de una breve pausa:

—No puedes imaginarte la situación en que se encontraba cuando llegó entre nosotros. Pero todos hemos sido modelados con el mismo barro. Además, el hecho de que sea polaco, extranjero, quita importancia a la cosa y la hace más aceptable, por lo

menos en cuanto se refiere a los comentarios de la gente. No te preocupes, la tía Fani ya se habrá cuidado de que todo el mundo sepa que es un noble polaco fugitivo de su patria. Y después de todo quizá no dirá ninguna mentira. La verdadera nobleza es una cualidad del alma, y Bolis es un excelente muchacho, bueno y honrado.

Guardo silencio, mientras contemplo pensativamente el centro de encaje que está sobre la mesa. Estoy avergonzado porque me parece que mis suposiciones anteriores equivalen a un insulto a los padres de Etel, quienes, ahora, se me aparecen rodeados de una aureola de sublime nobleza.

CAPÍTULO CUARTO

La finca dista unos siete kilómetros del pueblo, y si a la ida he cubierto esta distancia en media hora escasa, a la vuelta empleo más de una hora. Voy al paso, y sólo de vez en cuando mi caballo, por su propia iniciativa, se pone a trotar.

El paisaje que me rodea, rico y majestuoso, se adorna con todas las bellezas de la tarde ya casi estival de fines de mayo.

Más allá del Danubio, hacia el ocaso, por allí por donde se extienden los bosques de la propiedad del archiduque, debe de haber llovido abundantemente. La suave brisa trae hasta aquí el perfume de la lluvia. Observo el cielo, y me parece que la masa negra y densa de las nubes se apoya sobre haces cárdenos de lluvia. Diríase que las nubes reposan sobre las patas inseguras de una mesa. Se oye el sordo retumbar del temporal lejano. En cambio, por el Este, el cielo está resplandeciente; ligeras nubéculas nadan por el azul, como barquitas en medio del océano. La maravillosa llanura, cuyo horizonte está únicamente interrumpido de vez en cuando por los bosques o los pueblos esparcidos a grandes distancias, se baña en estas dos luces tan distintas. Contemplo el paisaje con embeleso, y tengo la impresión de que es mío para siempre.

Irme de aquí sería el error más grave de mi vida. ¿Cómo habré podido ser tan estúpido que cada palabra me pareciera una alusión y cada mirada un signo de connivencia, hasta llegar a pensar únicamente en la posibilidad de que los padres de Etel se propusieran casarme con su hija? Considerando las cosas desde el punto de vista objetivo, debo admitir que nunca he tenido ninguna razón verdadera para suponer lo que supuse. Es cierto que el caballero ha dado una importancia excepcional a su deseo de que fuera testigo de su hija. No creo que se le haya ocurrido pensar que yo pudiera rehusar una petición que, en último caso, es una prueba de la confianza que la familia deposita en mí. O tal vez considera esta boda como una especie de conspiración, como una rebelión contra su propia clase social, y ha querido asegurarse un cómplice. Y puesto que esos amores empezaron por Navidad y el caballero ha podido darse cuenta de que era inevitable que terminaran así, ¿por qué no relevar a Bolis de su condición servil? ¿Por qué le envió a recibirme a la estación vestido de cochero? Sin duda debe de haber estado luchando hasta el último instante contra este proyecto, que suscitará muchas murmuraciones y quedará registrado como uno de los mayores escándalos de la región. Si a mí se me ha ocurrido la idea de que la boda «debía» celebrarse porque la pobre Etel, en medio de la soledad de la campiña húngara, había sido víctima del joven y apuesto polaco, como si éste hubiera sido un lobo hambriento, ¿no es probable que haya otras personas que piensen como yo? Ahora veo claramente la situación, y no necesito que el párroco Florián Varga se proponga convencerme. Porque no es difícil imaginar que Etel, excluida desde sus primeros años del trato con gentes de su clase social y sin poder acercarse, ni siquiera espiritualmente, a ningún hombre de su condición —

porque todos ellos, ante la idea de una posible unión, deben de huir de ella como iba a huir yo mismo—, a pesar de su fortaleza de ánimo, se habrá sentido tan fuera de su ambiente que se habrá enamorado de Bolis. Para llegar hasta él el camino estaba trazado: era el camino de las almas caritativas que se acercan a esta clase de seres como quien se acerca a un enfermo. Por otra parte, en invierno de 1939, el ser polaco equivalía a una enfermedad grave. Además, un polaco como Bolis no puede considerarse ni un campesino ni un artesano: el hecho de ser extranjero y la tormenta histórica que ha asolado su país dan a toda su persona, incluso a sus vestidos, un reflejo particular. La grave desgracia que les aflige, a él y a su pueblo, ha embellecido su figura, rodeándola de una conmovedora aureola. La muchacha y el joven han quedado unidos por la desgracia, una desgracia indudablemente distinta, pero que en la balanza de la vida pesa igual. Y llego a imaginar que, aun dejando a un lado las garantías de seguridad financiera y material que para un refugiado polaco representa la dote de Etel, en el ánimo de Bolis, al ver que la joven le trataba con tan delicada camaradería, debieron despertarse también otros sentimientos más puros y elevados. Ahora recuerdo un detalle que me refirió la vieja Juhasz ayer por la mañana mientras estaba desayunando. Fue Etel quien enseñó a Bolis a limpiarse los dientes. Le compró un cepillo y un tubo de dentífrico, y quiso ocuparse personalmente de este detalle del aseo matutino del joven polaco. Los labios de Bolis —me contó la Juhasz— estaban húmedos de espuma de color de rosa, y él hacía unas muecas que parecía que le hubieran dado a comer cal. Yo, en aquel momento, apenas escuché el relato de la anciana..., pero ahora me acuerdo de que, además de esta cuestión del dentífrico, me contó algún otro detalle acerca de la transformación de Bolis en una persona civilizada. Etel, con agua caliente mezclada con zumo de limón, y armándose con unas pequeñas tijeras de punta curva, se había propuesto arreglarle las uñas. Las muchachas que asistían a la operación habían echado a correr por la casa anunciando a todo el mundo que Etel estaba herrando a Bolis. Y también me acuerdo de que la madre de Etel me dijo que su hija había comprado los tres volúmenes de la novela *Campesinos*, del escritor polaco Reymont, ganador del premio Nobel, para que Bolis pudiera leerla.

De vuelta a casa, me dirijo inmediatamente a la oficina de mi jefe. En el momento en que entro el caballero, con los lentes sobre la nariz, está enfrascado en su trabajo. Se quita los lentes, y pone tanta emoción y emplea tanto tiempo en buscar sobre su escritorio un lugar donde dejarlos, que empiezo a sospechar que lo hace adrede para no mirarme.

He empezado a hablar en cuanto he traspuesto el umbral. El tono de mi voz es animado y la expresión de mi semblante es sonriente, casi conmovida.

—Le agradezco muchísimo que haya pensado en mí —le digo estrechándole la mano derecha—. Estoy encantado de aceptar su ofrecimiento y le doy mi parabién más cordial.

Sin contestarme me señala con la mano el sillón tapizado de terciopelo rojo.

—Imagino que la noticia te habrá sorprendido.

—¡En absoluto!, —miento con entusiasmo—. El día que estuvimos en el Baktato pensé que esos dos jóvenes podían llegar a comprenderse perfectamente.

El ancho rostro del caballero permanece largo rato inclinado hacia el centro de la mesa. Se aclara la garganta, pero no se decide a hablar hasta al cabo de un momento.

—Hay que acatar siempre la voluntad del Señor —dice—. Este muchacho sólo tiene veinticinco años. Estudiará; le matricularemos en la Escuela Forestal, y creo que, con el talento que tiene, podrá llegar a ser un hombre de provecho. Además, en estos tiempos incluso la gente de baja condición puede prosperar mucho.

Su mirada, mientras sigue hablando con voz distraída, recorre lentamente la estancia.

—Todo estaría muy bien, si no fuera que... me inquieta... —no termina la frase y se limita a hacer un vago ademán, como acompañando las palabras no pronunciadas.

Entretanto, ha entrado su mujer. Yo ni siquiera me había dado cuenta. Adivino su presencia por el roce de sus vestidos sobre el sillón cercano. La expresión de su rostro es la de alguien que no quiere estorbar una conversación seria. Pero no tarda en tomar la palabra, aprovechando una nueva pausa.

—Bien, Istvan; ¿qué efecto le ha producido la noticia? Su opinión me interesa porque es usted la primera persona de fuera de casa que se entera de ella. Nosotros dos, el párroco y el doctor hemos ido siguiendo la historia desde el principio, y poco a poco nos hemos acostumbrado a la idea de esa boda.

—Señora —le digo, volviéndome hacia ella—, espero que querrá usted creer en la sinceridad de mis palabras. No quisiera que interpretase como un simple cumplido mi afirmación de que estoy convencido, de un modo absoluto, de que su hija será feliz...

Me aprueba en silencio. Debe de haber sentido que mis palabras son realmente sinceras. Luego, fija los ojos en su marido para escrutar la expresión de su rostro. Me hace el efecto de que uno y otro temen algo que no se atreven a decir. Naturalmente, no tengo la intención de aludir a esta impresión mía.

—Olvidaba decirte que ha llegado un telegrama para ti —me dice por fin el caballero, tendiéndome un pliego.

Sé que el telegrama no puede ser más que de mi tío, pero si ahora me lo metiera en el bolsillo sin abrirlo, mi ademán podría despertar sospechas. Lo abro.

—¿Ocurre algo? —me pregunta la señora, preocupada.

—No, no..., es un telegrama de mi tío —y leo en voz alta—: «Jueves estaré Budapest; te aguardo hotel Pannonia».

Realmente dice esto, pero antes hay una primera parte, que he omitido: «Nuevo empleo asegurado».

Naturalmente, el nuevo empleo ya no me interesa, porque ahora ya no tengo ninguna razón para marcharme.

—No tiene importancia —digo—. Mi tío va a menudo a Budapest, y ya

tendremos otra ocasión de vernos.

Al día siguiente, Etel y Bolis regresan de Győr. Viene también la tía Fani, que va sentada en la banqueta posterior y está rodeada de paquetes y cajas de todos tamaños. Guía Etel, y Bolis va sentado a su lado. Apenas le reconozco: en la ciudad ha cambiado completamente. Incluso lleva impermeable. Los zapatos son de los fabricados en serie, pero aun así le caen bien. El sombrero gris que lleva es nuevo y flamante, pero parece algo pequeño; tal vez se debe a que estoy acostumbrado a ver a Bolis con los grandes sombreros del caballero. El cambio de vestuario no le favorece: sus grandes manos bronceadas por el sol, su cuello de toro y su amplio rostro parecen protestar y rebelarse unánimemente contra aquella indumentaria de caballero, y se diría que la ropa nueva oprime, ata y entristece al muchacho polaco, a quien yo había visto siempre tan alegre, e incluso me parece que sus nuevos atavíos provocan en Bolis una mueca de falsa alegría y que esta mueca se dirige a su novia, a sus futuros suegros, a todos...

Para superar en cierto modo los embarazosos primeros momentos de la llegada, Bolis desciende antes que nadie del coche y se afana en ayudar a bajar a las mujeres. La tía Fani es acogida con una ruidosa cordialidad, seguramente superior a la que se manifiesta habitualmente, como si su presencia no tuviera otro objeto que el de atraer sobre ella la atención general y contribuir de este modo a desvanecer lo penoso de la situación.

Bolis es recibido con algunas exclamaciones afectuosas. Él corresponde con una dulce sonrisa algo forzada. La única persona que da la impresión de naturalidad es Etel, que ofrece distraídamente el rostro a los besos de sus padres, sin dejar por ello de vigilar el alijo de sus paquetes. Con todo, en sus mejillas se refleja su excitación interior.

En cuanto a la tía Fani, a quien yo no sé por qué, había imaginado como una señora más bien gruesa y ruidosa, en fin, una verdadera tía campesina, resulta ser, por el contrario, una dama muy delgada y extraordinariamente silenciosa.

A la hora de comer llegan también el párroco y el doctor Sebestyén, Pasan al salón. Etel ha desaparecido con sus paquetes.

—No te olvides del señor Beryla —advierte la señora de la casa a Jozsi, que va presentando a los invitados una bandeja de plata llena de cigarrillos. Después de esta observación, sigue hablando con la tía Fani, pero la frase ha bastado para dejar determinada, por lo menos momentáneamente, la condición social de Bolis. Aquella noche le tuteamos todos, pero él, prudentemente, evita todo tratamiento confidencial. Habla poco y se limita a contestar a las preguntas que se le hacen directamente. Su tono es adecuado y sin estridencias.

Al cabo de poco rato ha cesado el embarazo de los primeros instantes y la presencia de Bolis deja de parecer extraña. Sin embargo, él sigue sintiéndose como un hombre que anduviera desnudo entre personas vestidas.

—Celebro saber que seremos colegas —le he dicho—. Me han dicho que vas a

estudiar para ingeniero forestal.

—Sí; intentaré hacer algo —contesta, y me dirige una mirada melancólica como si quisiera asegurarse de con quién está realmente hablando. En sus ojos se refleja una especie de atormentado temor. Amistosamente le doy algunas palmadas en la espalda y agarrándole por la nuca le sacudo un poco. Mi gesto, más bien violento, parece ayudarle a recobrar la naturalidad. La tía Fani, con su aguda voz, nos pone al corriente de un interesante incidente que ha ocurrido entre cierta Jolan y cierto Bandi a quienes no conozco, pero que indudablemente deben de haberse metido en un lío complicado, ya que han decidido divorciarse. Cuando aparece el criado en el umbral del salón para anunciar la cena, la tía Fani se dirige al comedor llevando consigo, como cosido a sus faldas, el relato del divorcio. Etel toma a Bolis de la mano, le sienta a su lado, en la mesa, y durante toda la cena no deja de mirarle. De vez en cuando se sonríen. Etel sonríe amablemente, con desenvoltura y espontaneidad; Bolis, en cambio, cada vez mira a su alrededor como para asegurarse de que nadie se ha dado cuenta de su sonrisa, y luego vuelve inmediatamente a poner la cara seria.

La comida, muy copiosa, dura más de dos horas. Incluso lo añejo de los vinos da a entender que se trata de una ceremonia solemne. Pero nadie se ocupa de la pareja de novios. El cura y el médico hablan de política, y el caballero tercia de vez en cuando en la conversación, pero a pesar de todos sus esfuerzos para mantenerse a tono, tengo la impresión de que sus pensamientos van por muy distinto derrotero. La tía Fani y la señora de la casa siguen tratando de las aventuras de Jolan y Bandi, y de vez en cuando cuchichean algunas palabras al oído, sin duda para comunicarse algún detalle que no debe interesar a la opinión pública.

En el momento en que nos levantamos de la mesa y, según la costumbre húngara, nos formulamos unos a otros nuestros votos de felicidad, la señora de la casa besa a Bolis en la frente, y su esposo la imita luego. Bolis quiere besar las manos a ambos, pero el caballero esconde la suya detrás de la espalda. Etel, con gracia virginal, besa a su prometido en los labios: aunque nadie les mira directamente, todo el mundo se da cuenta de la escena y estoy convencido de que ninguno de nosotros escapa a la emoción de aquel momento.

—¡Permítame que le diga que esta afirmación es una tontería!, —profiere la voz del anciano párroco, rasgando el silencio.

Aparentemente, continúa la discusión iniciada en la mesa, pero yo por mi parte me inclino a creer que la frase no tiene otro objeto que disipar la atmósfera de encogimiento que nos envuelve. Con excepción de Etel y Bolis, que se quedan en el comedor, pasamos todos al salón. Allí, en voz baja, casi en un susurro, se estudia el programa para el día siguiente. A las diez llegará el funcionario de la alcaldía, y en esta misma estancia en que nos hallamos ahora, se celebrará el matrimonio civil. Luego pasaremos a la capilla, donde el párroco celebrará la ceremonia religiosa. Por la noche nos reuniremos en una comida íntima, a la que los novios no asistirán, porque en cuanto salgamos de la capilla se marcharán al Baktato, donde ya todo está

a punto para recibirles, incluso la comida, preparada por los dos viejos Juhasz. Y como es día laborable —miércoles—, incluso la servidumbre tendrá que hacer. La boda, en resumen, no será precisamente secreta, pero no se le dará gran publicidad. Estamos conversando en voz baja, cuando de pronto la dueña de la casa se lleva el pañuelo a los ojos y prorrumpe en llanto. El viejo cura se precipita a su lado con tal rapidez que no parece sino que la mujer se haya desvanecido y corra a levantarla. El caballero cierra la puerta que comunica con el comedor, y luego se acerca a su esposa y la toma de la mano. Todo el mundo calla, como atemorizado, pero la esposa del caballero vuelve a guardarse el pañuelo y sonrío como pidiéndonos perdón. No ha sido más que una ligera lluvia que involuntariamente ha brotado de su corazón maternal.

No tardamos en dar por terminada la reunión. Yo salgo en compañía de Bolis, dejándome guiar por el círculo de luz de su lámpara de mano. Uno y otro tenemos nuestras habitaciones hacia el mismo lado. Bolis ocupa, junto al invernadero, un cuartito muy lindo. El muchacho está silencioso y yo tampoco me siento muy jovial. Me limito a precisar mi opinión respecto al tiempo.

—Espero que mañana tendremos buen día —digo, poco más o menos.

Él me contesta en voz baja, casi en un murmullo, y no alcanzo a comprender sus palabras. Como en aquel momento anda detrás de mí, no le he oído bien; además, me ha parecido que me hablaba en polaco. Luego, sin darme cuenta, sigo andando sin detenerme ante su puerta, de tal modo que cuando me da las buenas noches, me sorprende oír su voz tan lejos.

Una vez solo, empiezo a cavilar qué regalo puedo hacerle. Después de unos instantes de vacilación, me decido a regalarle mi escopeta de caza, de marca belga. Últimamente, Bolis me había hablado de ella con admiración.

—¡Esto sí que es una escopeta! —había dicho.

A Etel no puedo darle nada; tendré que limitarme a ofrecerle un ramillete de flores. Pero supongo que ni sus padres ni nadie espera de mí otra cosa. La boda se me ha anunciado tan de improviso...

Al día siguiente por la mañana, los hombres nos reunimos en el salón. La atmósfera es la de un día de fiesta. El médico y yo nos hemos vestido de negro, y el caballero se ha puesto el chaqué que guarda para las ocasiones solemnes. Este traje, y más aún el cuello planchado y demasiado alto, cambian por completo el aspecto de mi jefe, habituado a los trajes de tela y a las botas altas. Añádase a ello el hecho de que el barbero del pueblo le ha afeitado con tal celo que le ha dejado desconocido. En una palabra, el caballero que tenemos ante los ojos es un personaje nuevo, y yo diría que en una noche ha perdido veinte kilos y ha envejecido más de diez años.

También está allí el representante de la alcaldía, el secretario Fércenc Boros, el cual va engullendo los fiambres que se le han preparado, haciendo subir y bajar con gran rapidez su nuez de Adán, como si fuera un ascensor.

Salimos a la galería para disfrutar del tibio sol de mayo que penetra por entre las

columnas. El secretario nos habla del número de cabezas de ganado que el Ayuntamiento se propone enviar a la exposición de agricultura y ganadería que debe celebrarse en breve en la capital. Nos da estas noticias en un tono de voz tal y acompañándose con ademanes tan solemnes, que no parece sino que los bueyes de Siementhal que el pueblo presentará al concurso, puedan resolver todos los problemas de la situación mundial. Bastará con que sus novillos de dos años lleguen a Budapest, y todo quedará arreglado.

Entonces sucede algo inesperado.

Por la puerta del jardín comparecen dos gendarmes, aquellos mismos gendarmes que yo conocía de vista. Uno de ellos es alto, de pelo negro y de cuerpo enjuto, mientras el otro es más bien grueso y de anchas espaldas. Caminan como si estuvieran oyendo una marcha que los demás no pudieran escuchar, y al llegar delante del caballero se detienen y se cuadran, saludando militarmente. Sus manos, al bajarlas, golpean ruidosamente sus muslos. El del pelo negro toma la palabra.

—Tengo que comunicarle, señor ingeniero, que esta mañana, al amanecer, hacia las cuatro, nos hemos dado cuenta de que un hombre atravesaba a nado el curso superior del Danubio. Hemos hecho cuanto hemos podido por detenerlo, llamándole repetidamente, pero el hombre no nos obedeció. Logró ganar la orilla opuesta y luego desapareció entre los árboles. Los dos le reconocimos...: era Bolis.

Es evidente que los dos gendarmes ignoran lo que se estaba preparando en casa del ingeniero. Su mismo informe pone claramente de manifiesto su ignorancia sobre el particular. El polaco ha vuelto a escaparse.

Todos nos volvemos a mirar al caballero.

Su semblante da una prueba concluyente y admirable de dominio sobre sus nervios. Por un instante mira hacia delante, sin ver; luego levanta ligeramente la cabeza, y en el momento en que se pone a hablar ha recobrado por completo su serenidad.

—Si ha huido, buen viaje. Esto ya no es cosa nuestra. Muchas gracias.

Los dos gendarmes vuelven a saludar militarmente y se retiran. El secretario, dejando el bocadillo que estaba comiendo, se reúne con ellos. Cuando llegan a la puerta les detiene y empieza a darles unas largas explicaciones, inclinándose ligeramente hacia delante y hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Yo me quedo en la galería observando la expresión de las personas que me rodean. El caballero, cogiendo con dos dedos la solapa de su chaqué, parece muy preocupado buscando en ella una imaginaria mota de polvo. El médico, después de haber cambiado conmigo una rápida mirada, se pone a canturrear según su costumbre. El anciano párroco deja caer la cabeza sobre el pecho y levanta los brazos con aire consternado. En esta misma actitud, dejándose llevar de un súbito impulso, recorre de un lado a otro la galería. Sus brazos en alto parece que lleven algún objeto, y la verdad es que en aquel momento, paseando en aquella forma, su aspecto es francamente cómico.

La dueña de la casa, que debe de haber oído el informe de los gendarmes por la ventana abierta, sale a la galería. Está todavía en combinación. Es evidente que en condiciones normales no se hubiera presentado jamás tan poco vestida a los ojos de ningún extraño.

—¿Es cierto? —pregunta con voz alterada.

Y como nadie le contesta, echa la cabeza hacia atrás y prorrumpe en una extraña carcajada, totalmente nueva en sus labios, en la que se reflejan sus pensamientos, sus sentimientos, en una palabra, todo su complejo estado de ánimo. Luego desaparece de nuevo por la puerta.

El caballero, en cambio, como si en aquel momento hubiera tomado una determinación, va con pasos resueltos hacia el invernadero. El médico y yo le seguimos de cerca. Se dirige al cuarto de Bolis. El leve viento de mayo agita los faldones de su chaqué. Anda a menudos pasos, y visto desde atrás parece que trote. El efecto que me produce, en aquel traje que no le había visto llevar jamás, es verdaderamente raro. Al llegar a la habitación de Bolis se detiene y echa una ojeada a su alrededor. El joven polaco no se ha llevado nada. Sus vestidos nuevos, acabados de comprar, están todos ordenadamente dispuestos encima de la cama. Sobre la mesa está el sombrero que le dio su patrono y el látigo con puño de plata. En el suelo, al lado de la cama, están un par de botas viejas y dos pares de zapatos nuevos. Bolislav Beryla ha huido esta noche con los mismos harapos que llevaba cuando llegó.

Dejando al caballero con el médico, me apresuro a volver a la galería. El párroco se ha marchado. Al otro lado de la casa, en habitaciones que no he visitado jamás, oigo algunas voces.

En la última habitación encuentro a Etel sentada junto a su tocador, pero vuelta de espaldas al espejo redondo de marco de plata. A su derecha está el párroco, a su izquierda su madre. Ambos la tienen cogida por la mano, pero en realidad parece que la sostengan como clavada en su sitio. La joven lleva el blanco traje de novia y calza escarpines de seda. La corona de mirto está en una mesita a su lado. En el suelo hay un gran peine de concha, que nadie se acuerda de recoger.

Etel lo sabe todo. Su mirada, absorta, expresa un vacío espantoso. Todo su cuerpo está temblando, y de vez en cuando hace un esfuerzo para soltarse de las manos de su madre y del sacerdote. Pero seguramente está tan débil que no debe de costarles mucho mantenerla quieta. Tiene la mirada fija ante sí, y de vez en cuando prorrumpe en carcajadas histéricas, que ponen en creciente tensión las venas de su cuello. Sus ojos y la expresión de sus labios entreabiertos reflejan una mezcla tal de dolor, de horror y de belleza que no puedo soportar su contemplación.

Apresuradamente —no recuerdo con precisión si llegué a correr, pero creo que sí —gano mi habitación. Tengo absoluta necesidad de hallarme solo. Por el camino he tenido todavía tiempo para ver partir hacia el pueblo el coche del secretario, y poco después oigo el trepidar de la moto de Laci.

En estas horas difíciles, sólo ha quedado junto a la familia el anciano párroco. No

sé lo que ocurrió hasta la noche; no me parece ni cortés ni mucho menos oportuno estorbarles con mi presencia.

Por la tarde me dirijo al bosque, pero a pesar de mis violentos esfuerzos para olvidarlo no logro dejar de ver el rostro de Etel con la misma expresión de la mañana.

Cuando voy por la noche, no encuentro en el salón más que al párroco.

—Y Etel, ¿cómo está? —le pregunto.

—Bien —me contesta, después de un largo bostezo.

Sé perfectamente que su bostezo no es de sueño, sino de una especie de agotamiento nervioso; yo mismo he bostezado así en otras ocasiones. Realmente, el día, para el párroco, debe de haber sido uno de los más fatigosos.

—Etel, a pesar de todo, desea habitar en su casita en medio del bosque —me explica—. La he acompañado allí, y hemos comido juntos.

Saca del bolsillo de su sotana un fajo de hojas de cuaderno escritas en lápiz.

—Aquí está nuestra conversación silenciosa de esta tarde. Mejor dicho, aquí está lo que ha dicho ella...

Vuelve a guardarse los papeles y prosigue:

—Quiero conservarlos porque hay cosas muy bellas; son palabras espontáneas, que tal vez en algún momento parecen poco coherentes, pero que luego, leyéndolas con más atención, resultan clarísimas. Es la ocasión, las circunstancias, las que han suscitado estas palabras... Esto es lo importante. Son decisiones puras e irrevocables. Se quedará en su casita. Vivirá en compañía de su piano, de sus papeles y de su caballete. Ha dado orden de que se lleven el aparato de radio. Por de pronto no quiere saber nada del mundo exterior. Lo comprendo perfectamente. Szenbenyei le ha regalado su tejón domesticado, y le ha gustado mucho; lo ha tenido en el regazo durante toda la tarde mientras hemos estado hablando. No cabe duda de que no podía encontrar un sitio más adecuado que aquella casita. Quizá se recobrará. No se quedará sola; los viejos Juhasz están allí. En cambio sus padres... tal vez han sufrido todavía más que ella... Esta noche comeremos tú y yo solos.

A partir de este momento apenas presto atención a sus palabras, y durante la cena incluso mis respuestas son algo incongruentes. No deseo otra cosa que hallarme solo en mi cuarto.

Desde el momento en que he visto en la cara de Etel la expresión de aquel raro dolor, en que la vergüenza alternaba con una infinita melancolía, se ha apoderado de mí una extraña emoción que no me ha abandonado ni un instante, ni siquiera durante mi paseo por el bosque. No se trata de un pensamiento ni de una decisión. Es algo mucho más difícil de explicar, que en toda mi vida no lograré comprender totalmente.

¿Habrá sido el Señor quién me habrá dictado una orden? No sabría decirlo. No soy lo bastante religioso para pensar de este modo, pero lo innegable es que Él se ha acercado a mí y que Su orden no me ha dejado ni un instante. Y esa orden me ha obligado a obrar. Nunca en mi vida he sentido tan claramente la impresión de lo sobrenatural. Y nunca hasta este instante he comprendido con tal claridad que la

mayor felicidad de esta vida terrenal consiste en «dar».

Miro mi reloj. Son las ocho y media. Un hombre a caballo todavía podrá encontrar a Etel levantada.

Rápidamente, escribo estas pocas líneas:

«Desde el primer momento produjo usted en mí una impresión extraordinaria. No me pregunte usted qué ha ocurrido en mi ánimo durante los últimos días y durante estas últimas horas. Contésteme con una sola palabra: ¿quiere usted ser mi esposa, sí o no? Reflexione durante esta noche; mañana por la mañana aguardo su respuesta».

Pocos minutos después un hombre a caballo lleva, en medio de la oscuridad, estas palabras a la casita de Etel. No pego los ojos en toda la noche, pero mi insomnio no es un insomnio atormentado.

A las seis de la mañana la Juhasz llama a mi ventana. Me trae la respuesta.

Abro el pliego y sobre la hoja blanca no veo más que una palabra: «No». Y en un ángulo, en caracteres minúsculos, como si incluso mediante el tipo de letra quisiera pedirme perdón por haber desobedecido a mi perentoria orden de brevedad, hay otra palabra:

«Gracias».

Su negativa no me causó ningún dolor. Apresuradamente me pongo a preparar la maleta.

En cuanto el caballero llega a la oficina me presento a pedirle permiso para ausentarme. Contrariamente a lo que le dije anteayer, pienso ir por unos días a Budapest.

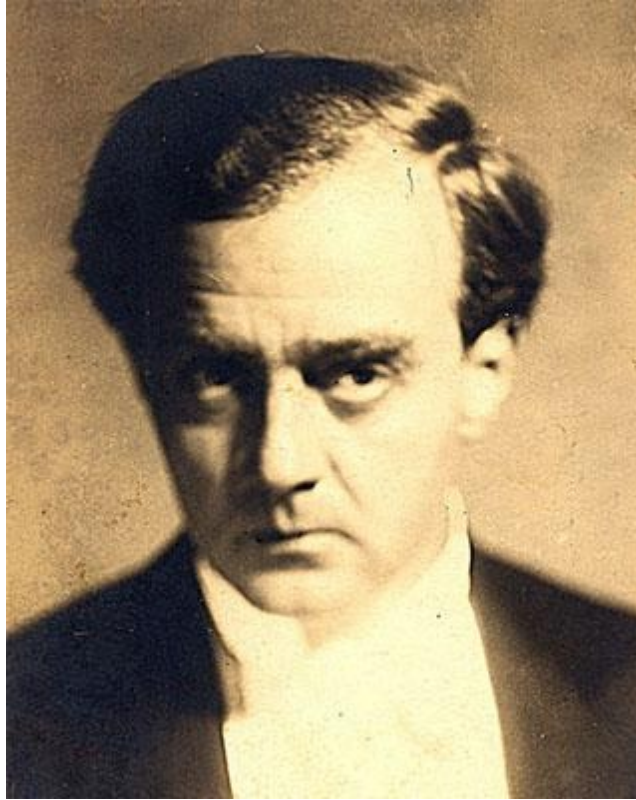
Me estrecha la mano, como un hombre que ya sabe que no hemos de volver a vernos.

Y del mismo modo me sonrío su esposa, mostrándome una vez más, por un breve instante, el azulado esmalte de su dentadura.

El cochero que me lleva hasta la barca viste la misma chaqueta y se cubre con el mismo sombrero de la pluma de avestruz que llevaba Bolis hace cuatro semanas, cuando yo llegué. Pero para él la chaqueta es demasiado ancha, sobre todo en los hombros. Observo pensativamente su nuca bronceada por el sol y no puedo evitar el recuerdo de la rubicunda nuca de Bolis.

Antes de llegar a la barca pasamos muy cerca de la casita del bosque. A pocos kilómetros se ven los pinos azulados y cubiertos de rocío que se levantan hacia el cielo.

Y luego el coche se adentra por el bosque, que cubre ante mis ojos la visión de la llanura, tan súbitamente como si se cerraran las páginas de un libro.



LAJOS ZILAHY (Hungría 1891 - Serbia 1974) Narrador y dramaturgo húngaro. Dotado de una minuciosa capacidad de observación que dejó plasmada en casi todos sus escritos, destacó sobre todo por un puñado de novelas que, traducidas a muy diversos idiomas, se difundieron como auténticos *best-sellers* por todo el mundo durante la primera mitad del siglo xx.

Sus primeras inquietudes literarias le llevaron a enfocar su reveladora lente novelesca sobre los problemas morales y las vicisitudes sociales que envolvían a las clases burguesas europeas del período de entreguerras, aunque posteriormente se fue decantando por el análisis de otros grandes grupos sociales de poder, como la aristocracia y las altas esferas financieras.

Finalmente, en una tercera etapa de su producción novelesca, coincidente con la fase de su vida que se desarrolló en los Estados Unidos de América (en donde fijó su residencia a partir de 1948), Lajos Zilahy cultivó una prosa bastante menos ácida en su sátira social, ahora suavizada por la evocación nostálgica de tierras lejanas y tiempos pasados.

Entre las principales narraciones extensas del escritor húngaro figuran algunos títulos que, traducidos al castellano, hallaron un amplio eco entre la crítica y los lectores españoles. Así ocurrió con *Primavera mortal* (1922), *Las cárceles del alma* (1927), traducida también como *Los dos prisioneros*, *Algo flota sobre el agua* (1928) y, muy especialmente, *El desertor* (1930), una interesante reconstrucción novelesca de las experiencias vividas por el propio autor durante su intervención en la I Guerra

Mundial. Además de estas obras, Lajos Zilahy escribió otras novelas de gran interés, como las tituladas *El alma se apaga* (1932), *El ángel enfurecido* (1953) y *El siglo feliz* (1960).

Pero sus habilidades en el cultivo de la prosa de ficción no se limitaron a la redacción de narraciones extensas, ya que también cosechó grandes elogios con sus brillantes relatos breves. La mayor parte de los cuentos de Lajos Zilahy vieron la luz a través de varias recopilaciones, entre las que sobresalen las tituladas de *Gran dilema*, *El velero blanco* e *Idilio de pescadores*. Por último, en su faceta de dramaturgo, el escritor estrenó en su país varias piezas teatrales que también contribuyeron a acrecentar su prestigio literario; entre ellas, cabe recordar las tituladas *Luce el sol* (Süt a nap), 1924, *El general* (A tábornok), 1928 y *El pájaro de fuego* (Tüzmadár), 1932.